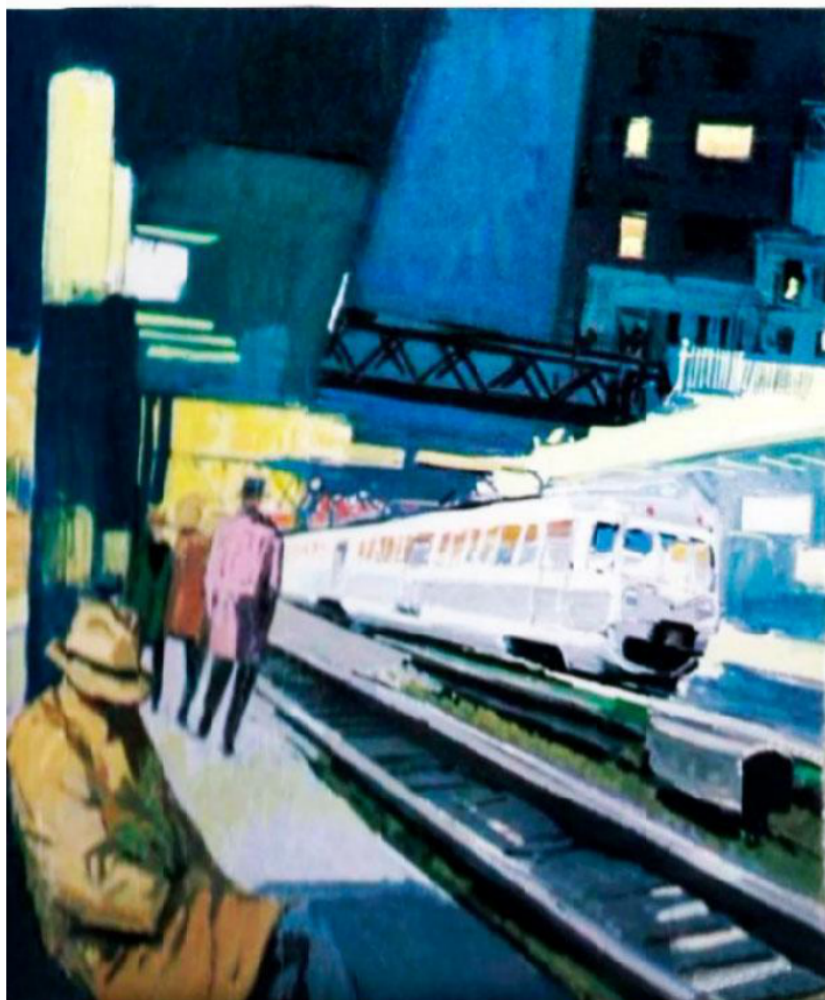


BOLSILIBROS
BRUGUERA
●
SERIE
**PUNTO
ROJO**

extraña cita

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



VIC LOGAN

EXTRAÑA CITA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 427
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 16.775 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1970

© VIC LOGAN, 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección AMAPOLA:

901. — Los dardos de Cupido.

En Colección ALONDRA:

814. — Una noche diferente.

En Colección CAMELIA:

757. — No soy lo que tú crees.

En Colección MADREPERLA:

1.065. — Lucha de sexos.

En Colección PIMPINELA:

1.158. — Tu amor no tiene precio.

En Colección ROSAURA:

1.111. — En el fango de la gran ciudad.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.036. — Un asesinato de más.

En Colección PUNTO ROJO:

424. — *Show* trágico.

En Colección ASES DEL OESTE:

559. — Ciudad turbulenta.

En Colección SALVAJE TEXAS:

680. — La recompensa maldita.

En Colección KANSAS:

622. — El precio de un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

489. — Los lobos del oro negro.

En Colección CALIFORNIA:

715. — Diligencia trágica.

PRÓLOGO

Topeka, Kansas. Viernes 10 de la mañana.

El repartidor de la Western Unión llamó al timbre del rancho de Mark Tablyn. Abrió la puerta una mujer joven, de aspecto simpático.

Sin dejar de masticar su chicle el repartidor de la compañía telegráfica le entregó el papelito.

—De Nueva York para el señor Tablyn.

—¿Un telegrama?

—Sí.

—Démelo. Soy su esposa.

—Firme, por favor.

La mujer firmó a cambio de la comunicación telegráfica.

Dos horas más tarde Mark Tablyn leía la nota; su esposa lo había hecho antes.

—Lo abrí por si era algo urgente —sonrió ella.

—Ya ves. Es de mi amigo Johnny Allen. Propone una reunión de viejos camaradas.

—¿Irás?

—Bueno... —titubeó Mark—. La verdad es que si tú vinieras...

—¡Mark! —exclamó su mujer comprensiva—. Tú sabes que con los niños no puedo moverme.

—Tenemos derecho a unas vacaciones y ahora sería la oportunidad.

—Estás deseando ir, Mark.

—La verdad... antes nos reuníamos más a menudo, pero son casi seis años sin ver a los compañeros.

—Bueno... Hay aviones. No es un problema... Ve a pasar este fin de semana en Nueva York.

—No, querida. Sin ti...

—Ve, Mark —insistió ella.

Quizá no le agradaba la idea de perderse aquel viaje, pero toda madre tiene sus obligaciones y ella era madre de dos preciosas criaturas de seis y cuatro años. Estaban fuera, jugando en la explanada de aquel rancho.

Mark había hecho mucho dinero cuidando lo que el padre de su esposa dejó al morir.

Lo había hecho casi sin darse cuenta, y ni siquiera tenía tiempo de gastarlo.

—Está bien, querida... El lunes a primera hora de la mañana ya habré regresado.

La respuesta de su esposa fue una suave sonrisa y Mark pensó que tenía una compañera realmente adorable.

Los Ángeles, 9 de la mañana del viernes, hora local.

Arthur Dennie, el famoso productor, director y guionista de películas abrió la ventana de su estudio.

La habitación olía a tabaco. Dos ceniceros daban fe de los cigarrillos consumidos desde que el crepúsculo había invadido la ciudad.

Casi trece horas trabajando para poder terminar.

Frente a la ventana, Arthur aspiró una bocanada de aire puro. Lo necesitaba.

Encendió el último cigarrillo del tercero de los paquetes consumidos aquella noche y fue hacia el bar a servirse un *whisky*.

También lo necesitaba.

Estaba cansado y satisfecho a la vez. ¡La satisfacción de un trabajo empezado y terminado!

Arthur pensó que esa satisfacción a pesar del agotamiento sólo estaba al alcance de quienes se ganaban la vida en un trabajo aparentemente fácil.

¡Sesenta folios mecanografiados a doble espacio!

Sesenta folios donde cada letra, cada situación, cada frase, cada concepto y cada plano los había imaginado previamente. «Los había vivido» en su imaginación antes de escribirlos. Sesenta folios que

habían salido de su cabeza. No... No era escribir una copia o al dictado. Era escribir y pensar... Y sobre todo hacer algo que gustase al público.

Fue hacia el guión todavía por «coser» y lo examinó.

Allí estaba la fuente de otra película. *La creación*. Todo lo que vendría después, sería derivado de su inspiración.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por la entrada de una mujer.

—Artie... —sonrió—. ¿Has terminado? El se volvió y contempló a la joven.

Era Telma, su secretaria...

Bueno. En realidad, Arthur no necesitaba secretaria.

No la necesitaba porque no sabía dictar sus ideas. Tenía que escribirlas por él mismo. Eran sus dedos quienes parecía que pensaban.

La secretaria era... como un regalo para la vista. Había que verla.

Su falda
mini-mini.

Sus piernas bien torneadas, su cuerpo en general y sobre todo su simpatía arrolladora.

—¡Hola, Vicky...! Ya ha amanecido —sonrió él, sin replicar a la innecesaria pregunta.

—Otra noche... ¿Eh?

—Qué remedio... Pero cuando pases en limpio el guión te darás cuenta de que tengo motivos para estar satisfecho... ¡Sí! Valen la pena estas noches...

Ella sonrió.

—¿Quieres desayunar?

—No. Lo que necesito es tomar el aire... ¿Hay correo?

—Aparte de lo normal, tienes un telegrama de Nueva York.

El se acercó. Miró de pies a cabeza a Vicky y la cogió por los hombros.

—Formalidad, señor guionista —sonrió ella.

—Estás muy *sexí* esta mañana.

—Por las mañanas resultas un hombre extremadamente peligroso... —replicó ella, apartándole discretamente.

—Sólo un besito, encanto.

—Necesitas descansar.

—¡Oh! Hablas igual que una esposa.

Ella sonrió como si estuviera pensando «¿Qué más quisiera?».

Vicky no era la mujer más bella del mundo, pero tampoco lo necesitaba para ser atractiva.

Si Arthur sentía algo por ella, era porque valía la pena... ¿Que por qué no se casaba? Explicación bien sencilla: Arthur no tenía tiempo ni para dormir.

Ella le leyó el telegrama:

«He convocado a los viejos camaradas. Procura estar mañana en el Garvel Hotel de Nueva York, para pasar el fin de semana: Elmer».

—¿Quién es Elmer? —inquirió la joven.

Arthur hizo un ademán como si quisiera decir: «Tira el telegrama», pero entornando los ojos y como si estuviera escribiendo y repentinamente hubiera pasado por su mente una idea luminosa, replicó:

—Es la mejor noticia que he oído en mi vida.

—¿Vas a ir? —inquirió su secretaria.

—Encarga un pasaje para el primer avión.

—Pero...

Vicky iba a recordarle el montón de cosas que tenía que hacer aquel mismo día en cuanto él hubiera descansado unas horas.

Arthur le atajó con un ademán.

—Te invito.

—¡Estás loco!

—¡Anda, Vicky! Tú y yo es como si fuéramos novios. A la muchacha se le quitó el habla.

—¿Novios?

Si Arthur no hubiese pasado la noche trabajando para lo que necesitaba estar completamente sereno, habría pensado que estuvo bebiendo y se encontraba borracho perdido.

—No te quedes ahí... ¡Date prisa!

—¿Has dicho novios? —repitió ella como una iluminada. El sonrió.

—Vicky... Si tuviera tiempo ya nos habríamos casado. Anda, prepara las maletas.

Si una mujer estuvo alguna vez al borde del desmayo, esa mujer era ella; Vicky Marlowe, secretaria de un hombre famoso. Una mujer envidiada por muchas compañeras.

Boston, *6 de la tarde* del viernes.

El atareado hombre de negocios Martin Lemond releyó el telegrama que había recibido una hora antes.

Tenía ante sí un montón de informes, libros, proyectos, planos... Las seis empresas que, a pesar de su juventud, controlaba le robaban hasta los fines de semana.

Sí. El telegrama era como una liberación. Tomó el dictáfono y dijo:

—Me voy a Nueva York. Estaré de regreso el lunes por la mañana. Se levantó y lo dejó todo tal y como estaba.

CAPÍTULO PRIMERO

Tomar un avión para ir de Boston a Nueva York es casi lo mismo que tomar un autobús para realizar un recorrido urbano. La frecuencia de vuelos y los cuarenta y cinco minutos de vuelo de aeropuerto a aeropuerto aproximan considerablemente las dos grandes urbes atlánticas.

Martin Lemond tomó el vuelo de las 8,05.

Se sentía libre. Libre después de largos años de consejos de administración, de reuniones, de preocupaciones de Bolsa, de créditos, de...

Pensó que llegaría a Nueva York antes de las nueve. Se reuniría con los viejos amigos.

Todos de la misma edad; del último curso de la Universidad...

Pensó también en los encuentros anuales que durante los primeros años celebraban cuando todavía no tenían, ninguno de ellos, definido el camino de su vida.

El tiempo no había transcurrido en vano y las obligaciones, las ausencias de unos y otros habían ido aplazando aquellos fines de semana de alegre camaradería, y ahora, al cabo de los años, a alguien se le había ocurrido la feliz idea de reunirse nuevamente.

Martin Lemond sonrió y todo un mundo de recuerdos acudió a su mente mientras los reactores rugían y el avión volaba junto a Nueva York.

Para viajar desde Los Ángeles a Nueva York y poder llegar por la mañana, se precisa de más tiempo, no por las horas de vuelo, sino por la diferencia horaria. Así, pues, Arthur Dennie tomó el avión de medianoche y así pudo descansar, concluir el trabajo que tenía previsto e insistir acerca de Vicky para que le acompañara en aquel fin de semana.

En el aeropuerto, y después que ella se negara, se despidió

inexorablemente:

—Compréndelo, Arthur. Tú no podrás estar en dos sitios a la vez. Y es lógico que sientas deseos de reunirte con tus compañeros.

—Tú siempre piensas en todo —sonrió él.

—Me habría gustado ir. En otra ocasión será mejor.

—Sí, Vicky... Creo que sí...

—La velada ha sido magnífica. Cena, baile...

—Y algo que se me había olvidado —atajó el escritor.

Metió la mano en uno de sus bolsillos y extrajo un paquetito envuelto en papel de seda blanco y atado con un cordel de fantasía.

—Esto... Ábrelo después de que me haya ido.

—Señores pasajeros para el vuelo 78, con destino a Nueva York, sírvanse dirigirse a...

Arthur no parecía oír el aviso. Estaba mirando los ojos de su secretaria, como si la viera por primera vez en su vida; o tal vez por segunda... La primera había sido aquella misma mañana, cuando terminó su trabajo.

—A veces durante años ve uno siempre las mismas cosas y basta un segundo para descubrirlas.

—Señores pasajeros...

—Perderás el avión —susurró ella.

Arthur la besó en los labios y se fue rápidamente hacia la puerta...

—¿Dónde..., dónde está el avión de Nueva York? —Tuvo que preguntar a un empleado.

—Dese prisa, señor. Van a retirar la escalerilla. Tuvo que correr.

Luego, cuando el aparato remontó el vuelo, presintió la figura de Vicky, observando desde tierra y dándole su último adiós, y deseando que regresara.

Arthur sonrió.

Sí. No tenía nada que reprochar a la vida. Los comienzos habían sido un poco achuchados, pero jamás llegó a pasar privaciones. En realidad, la suerte le había acompañado casi siempre...

Mark Tablyn fue el último en llegar.

En el aeropuerto estaban Martin Lemond, de Boston, y Arthur Dennie. Con ellos había un cuarto hombre que se había reunido poco antes en el bar. Era Elmer Grant.

—¡Hola, vaquero! —saludó expresivamente al de Kansas.

A sus saludos se unieron los del escritor de California y del hombre de negocios de Boston.

—¿Qué tal el vuelo, Mark? —inquirió Arthur.

—Magnífico. ¿Y vosotros? ¡Oh! ¿Sólo somos cuatro? Creí que formaríamos el completo. ¿Dónde está George?

—¿Tenía que venir? —inquirió Elmer.

Año más año menos todos tenían la misma edad, si bien sus físicos eran diametralmente opuestos.

Por ejemplo, el de Boston, tras sus gafas de concha y su ceño fruncido, parecía más reposado, más cerebral y en consecuencia parecía mayor de lo que en realidad era.

La vida sana del vaquero de Kansas se reflejaba en su rostro curtido por el sol y la intemperie. Tenía unas incipientes arrugas al lado de los ojos. Patas de gallo.

Arthur, el escritor, aparentaba exactamente la edad que tenía, treinta y dos años.

Elmer quizá era el que parecía más joven. Su rostro era pálido y sus maneras le catalogaban como hombre de vida sedentaria.

—¿Te he preguntado si tenía que venir? —repitió Elmer al de Kansas.

—Pero ¿no fuiste tú quien puso los telegramas? —inquirió a su vez Arthur.

—¿Yo? —preguntó a su vez Elmer, extraño.

—Oye... El mío venía firmado con tu nombre, y puesto en Nueva York.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó Elmer, que parecía no salir de su asombro.

—Lo dejé en mi apartamento... Pero no comprendo...

—Esto es muy extraño. Yo no puse ningún telegrama —replicó Elmer.

—Bueno. Pues alguien lo pondría en tu nombre...

—¡Yo, no...! —insistió el de Nueva York.

—¡Un momento! —cortó Mark, el vaquero—. Mi telegrama venía de Los Ángeles y lo firmabas tú, Arthur.

Esta vez le tocó al escritor fruncir el entrecejo y mostrarse más sorprendido todavía.

—Esto es absurdo. ¿Cómo iba a ponerte un telegrama desde Los Ángeles para citarte en Nueva York?

—Yo sí lo traigo... Míralo. También me extrañó, pero pensé que tendrías que venir por algún asunto relacionado con tus películas...

—No. No. Yo no puse ningún telegrama... Todo esto parece fantástico... Inmediatamente todos los ojos se habían vuelto hacia el hombre de negocios de Boston.

Nadie formuló pregunta alguna, pero estaban desbando conocer la versión de su amigo.

—Mi telegrama lo recibí de Topeka...

El vaquero agrandó los ojos y luego soltó una carcajada.

—¡Esto ya es demasiado! ¿Qué clase de broma estáis tramando?

—Por mi parte ninguna, os lo aseguro —replicó Elmer.

—¿Y tú cómo estás aquí? —preguntó Arthur.

Elmer extrajo de su bolsillo un telegrama donde todos pudieron leer:

«Reúnete con tus amigos el sábado por la mañana. A partir de las ocho. Estarán todos. *Martin Lemond*».

El hombre de negocios sonrió.

—Me lo estaba temiendo.

—Alguien ha tenido que poner estos telegramas —murmuró Mark.

—Esto es evidente. No se transmite un mensaje si alguien no lo ordena —adujo el de Boston.

—No hay duda de que es obra de George.

George Templeton era el que faltaba del quinteto, el único que no estaba allí.

—Siempre fue un bromista —adujo Martin Lemond—. Es posible que los años no le hayan cambiado. ¿Qué ha sido de él?

—Es abogado y ejerce aquí en Nueva York —explicó Elmer—. Pero hace tiempo que no le veo.

—¿Abogado? ¿Cuándo se hizo abogado? —preguntó Martin.

—Parece que estudió leyes después de la última vez que nos reunimos. Lo vi una vez en un club nocturno... —Y de pronto Elmer se quedó pensativo, dando la sensación de que si en persona estaba en el bar del aeropuerto reunido con sus viejos camaradas, su mente estaba lejos.

—¿Pasa algo con George? —inquirió el vaquero.

—No sé... Me habló de cosas extrañas... Creo que pertenecía a

una secta o a algo parecido.

—¿Qué clase de secta? —preguntó Arthur a su vez.

—Una cosa extraña. Me habló del más allá. De la percepción de lo ultrasensorial. Cosas raras. Pensé que era una de sus bromas, pero él parecía hablar en serio.

Se produjo un silencio.

—Apuesto a que aparecerá de un momento a otro y soltará una de sus carcajadas —espetó Mark Tablyn.

—No. Ahora ya no ríe —insistió lúgubrementemente Elmer.

—Telegramas que no se han enviado, amigos que pertenecen a sectas tenebrosas... Todo esto me huele a uno de esos guiones que se reciben diariamente en el estudio por docenas —terció Arthur en tono profesional.

—No, Arthur... Lo más chocante de nuestro amigo George, es que presiente las cosas... —murmuró Elmer.

—¿Qué cosas? —quiso saber el de Boston.

—Lo que va a ocurrir.

—Te has dejado embaucar —terció Arthur.

—Yo también lo creía —explicó Elmer con el mismo tono ausente y rememorativo.

—Bueno, termina —insistió Arthur al ver que su compañero se había interrumpido de pronto.

—Dijo que me atropellaría un coche... Y tuvo razón. Adivinó incluso el día. De esto va a hacer dos años. ¡Ved!

Anduvo unos pasos y entonces todos repararon en que Elmer Grant caminaba cojeando ligeramente.

—Es a consecuencia del accidente, amigos —replicó lentamente—. Y George lo había sentido.

CAPÍTULO II

Habían alquilado un taxi para trasladarse al Garvel Hotel, lugar de reunión según los distintos telegramas.

—Veamos... —dijo Arthur al descender del taxi—. Un telegrama puede hacerse cursar por teléfono desde cualquier ciudad. Desde luego requiere una serie de gestiones que todos conocemos más o menos, pero resulta factible. Por tanto, quien mandó los telegramas pudo hacerlo desde cualquier parte.

—¿Quieres decir que desde Topeka, por ejemplo, puedo hacer que se mande un telegrama desde Nueva York dirigido a mí mismo y con el nombre de otro?

La pregunta había partido del vaquero. Arthur asintió.

—Lo sé por cuestiones profesionales... En las novelas o guiones donde el criminal, dándoselas de listo, finge estar en otra ciudad y pone un telegrama como coartada, he empleado estos trucos, pero naturalmente he tenido, que asesorarme antes.

Se habían detenido a hablar frente a la puerta cubierta con una marquesina de lona que daba acceso al hotel.

Martin había abonado el importe del taxi y murmuró:

—Saldremos pronto de dudas. No hay que darle más vueltas. George estará ahí dentro. El portero les franqueó la entrada.

Arthur, tomando la cabeza del cuarteto, fue el primero en encararse con el encargado de recepción.

—Somos Martin Lemond, de Boston; Mark Tablyn, de Topeka; Elmer Grant, de Nueva York y Arthur Dennie, de Los Ángeles. Al parecer, alguien hizo una reserva de habitaciones...

—En efecto, señores. Dos *suites* —interrumpió con una sonrisa el recepcionista. Los cuatro amigos cambiaron una mirada.

—La reserva debió hacerla el señor George Templeton, también de Nueva York —apuntó Arthur.

—Un momento —replicó el empleado consultando unas

cartulinas. Tras la breve espera, el recepcionista aclaró:

—El señor Templeton es uno de los que figuran en la lista, pero la reserva no la hizo él. Otro cambio de miradas entre los amigos y la inevitable pregunta de Arthur:

—¿Quién la hizo?

Y ante el aparente desconcierto de su interlocutor, añadió:

—Se trata de una apuesta.

—Sí, sí, claro... La reserva se hizo a través de la agencia Intercontinental.

—¿Una agencia?

—Sí.

—¿Y desconocen el nombre...? —empezó Arthur, más que preguntando, en sentido afirmativo.

—Para nosotros nos basta la reserva de la agencia.

Se trataba de un caso normal y corriente. La agencia facilita los nombres y los días de estancia y ello es suficiente.

El encargado llamó a dos botones y cada uno de ellos transportó el breve equipaje de los cuatro hombres.

Poco después, en el piso doce, tomaban posesión de las dos *suites*, que se comunicaban.

Las dos disponían de dos dormitorios dobles, gran salón, terraza con vistas a la calle Treinta y tres, baño privado en cada uno de los dormitorios, puerta supletoria, otra de emergencia en la *suite* 1240, televisores, radios, pequeño despacho, también en la 1240, armarios empotrados, teléfono interior y exterior para llamadas directas y todo ello montado con lujo, elegancia y funcionalidad. Era lo que podía decirse un alojamiento caro, y a lo que estaban acostumbrados ellos, tal vez a excepción de Elmer Grant, que en apariencia parecía el menos favorecido por la fortuna.

Al quedarse solos, fue Grant el que pasó de una *suite* a otra y echó ligeramente un vistazo a todas las dependencias.

—Esto es enorme...

—Bien... Sepamos quién lo paga —dijo Arthur tomando el teléfono.

—¿Dónde vas a llamar? —inquirió Elmer.

—A la agencia —terció Martin—. Allí es posible que nos informen...

—Ellos tendrán registrado el nombre de la persona que hizo el

encargo —adujo Arthur, para hablar seguidamente con la telefonista.

—Póngame con la agencia Intercontinental.

Mientras esperaba que la operadora procediera a la comunicación, los otros tres permanecían silenciosos, atentos al teléfono, pendientes de la información.

Poco después, Arthur hablaba con la agencia:

—Aquí Arthur Dennie, desde el hotel Garvel... Estoy con otros tres amigos... Alguien encargó dos *suites*... ¿Qué fecha? No sé... lo ignoro, pero es para este fin de semana... Sí, sí... Para cuatro personas... Es decir, para cinco... ¿Quiere los nombres? Está bien, espero.

Arthur cambió una mirada con sus excompañeros de Universidad. Luego, volvió a hablar de nuevo:

—Exacto. Esto es... No, no. Lo que deseo saber es quién hizo la reserva. Supongo fue el señor Templeton. George Templeton...

Otra espera.

Tras un prolongado silencio, durante el cual Arthur dio muestras de estar escuchando, al fin colgó y volvió los ojos hacia sus amigos. En todas las miradas había un interrogante que la respuesta del escritor no pudo disipar.

—Lo siento. La reserva fue hecha por teléfono. La agencia cobró por anticipado en dinero efectivo, que recibió a través de un mensajero.

Aquella vez el silencio fue más largo.

Elmer se sentó con cierta timidez al borde de una de las confortables y modernas butacas.

—Todo esto es absurdo... Huele a cosa... No sé cómo decirlo.

—¡Bah! —terció Mark Tablyn—. Yo sigo opinando que es obra de George... Y más si ahora se nos ha vuelto tan misterioso.

—No hay ningún misterio, Mark —replicó Elmer Grant—. Lo mío lo adiviné... Dijo que era maravilloso lo que un hombre puede llegar a saber si se decide a ejercitar sus otros sentidos...

—¿Qué otros sentidos? —inquirió Martin.

—Los..., los ocultos.

—Yo sólo creo en el sexto sentido. En el de la intuición —repuso a su vez Martin.

—Hay más... Según George, existen otros sentidos. En muchas

circunstancias no existe ni pasado, ni presente, ni futuro; las cosas están siempre ahí... Ocurren porque están ahí...

¿No comprendéis?

—¡Bueno! ¿Esto qué es? ¿Una reunión de amigos o una sesión de espiritismo? —intervino el vaquero.

—George se está retrasando demasiado... Se diría que goza con toda esta parodia —murmuró Martin buscando algo en sus bolsillos.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Arthur.

—No, no. No fumo. Lo dejé hace algún tiempo. —Y sacó una bolsa de caramelos, ofreciéndola a sus amigos, que declinaron con un movimiento.

Desenvolvió uno. Echó el envoltorio en una papelera y se metió la pastilla en la boca.

—Creo que voy a regresar. Dejé un montón de cosas por hacer, y este fin de semana voy a aprovecharlo —siguió diciendo Martin.

—Boston está a dos pasos —terció Arthur—. Pero Los Ángeles... ¡Francamente, si George no llega, me largaré, pero después de descansar! Con vuestro permiso elegiré cualquier dormitorio.

—Todos son dobles —anunció Elmer. Arthur tomó su equipaje.

—Si alguno se va, que me avise antes de que me quede dormido. Con un par de horas quedará como nuevo.

Martin pareció vacilar.

El de Kansas se dirigió hacia la terraza.

—A mi mujer le encantaría esto... A causa de los chiquillos no podemos salir nunca.

—No os marchéis... Qué importa quién haya hecho la reserva... Estamos juntos. Y aunque George no aparezca somos cuatro... No tenemos por qué echar a perder el fin de semana...

Era Elmer el que lo había dicho.

Se produjo un nuevo silencio. El vaquero seguía en la terraza. Arthur regresaba del dormitorio murmurando:

—Ya tengo mi sitio. Señores, hasta luego. Entonces se abrió la puerta.

En el umbral apareció un hombre que aparentemente tenía la misma edad que los demás.

Alto, de porte corriente y vestido con un sencillo traje azul oscuro al que le faltaba un ligero planchado, se quedó mirando a los cuatro amigos.

Todos le reconocieron al instante, aunque había cambiado algo físicamente. Era George Templeton.

—Ya era hora —espetó el hombre de negocios de Boston—. Anda, no te quedes ahí. Si lo que querías era intrigarnos, no lo has conseguido del todo.

—No sé a qué os referís —replicó el recién llegado con voz extraña y mirada lejana.

El cambio no estaba en el normal proceso del transcurrir del tiempo, sino en algo indefinido, como si la mutación que había surgido del rostro de un hombre siempre alegre, se debiera a un fenómeno síquico...

—Basta ya de comedia, George... Tú preparaste todo esto... Supongo que debe tratarse de una broma distinta a las de antes, pero broma a fin de cuentas —dijo Martin sin el menor asomo de cordialidad en su voz.

En vez de comentar las palabras del de Boston, George Templeton cerró la puerta, avanzó con la pequeña maleta hacia Elmer Grant y murmuró siempre con la misma voz impersonal, lejana:

—Elmer... Hace un momento les dijiste que no se marcharan... ¿Por qué querían irse? ¿Es por mi causa?

Además de un silencio, las palabras del recién llegado produjeron un intercambio de miradas.

Elmer replicó:

—¿Cómo sabías que les había dicho esto, George? ¿Cómo has averiguado lo que hemos hablado aquí?

Otra pausa.

George Templeton dejó la maleta en el suelo y replicó:

—No lo sé... De veras que no lo sé... Ignoro cómo he sentido esas palabras tuyas... Lo ignoro.

CAPÍTULO III

Arthur estaba en la cama, con los ojos cerrados y las persianas graduables corridas. Los otros cuatro permanecían sentados en el salón de la 1240.

El vaquero había pedido *whisky*, y a la invitación se adhirieron los demás excepto Martin.

El escritor no había demostrado el menor interés por averiguar nada más con respecto a aquella extraña cita. Antes de ir a descansar su par de horas lo había dicho claramente:

—Si alguien quiere guardar su secreto hasta la tumba, no seré yo quien se lo haga desvelar.

Luego se quedaron los otros. El último en llegar, aquel extraño George Templeton, aseguró formalmente:

—Os doy mi palabra de honor que yo no hice la reserva de esas dos *suites*. No es ninguna broma... No tendría sentido mantener el secreto. ¿No lo comprendéis?

—Está bien —terció el vaquero—. Vamos a creerte... Pero si no fuiste tú...

—Bueno... —terció Elmer—. Después de todo, ¿por qué tuvo que ser él? Ya habéis oído a Arthur. Los telegramas se pueden poner desde cualquier parte...

—Yo no tengo tiempo para tomarme un trabajo tan estúpido —terció Martin Lemond—. Si hubiera querido citaros, ¿para qué ocultarlo?

—No iréis a pensar que yo... —empezó el vaquero.

—¡A lo mejor es cosa de Arthur! —exclamó Elmer—. Es especialista en misterios... ¿No habéis visto su última película? Se trata de una serie de gente que desaparece en la habitación de un hotel y...

—No tengo tiempo para ir al cine —cortó Martin de mal talante.

—Nuestro rancho está algo apartado de la ciudad, y con los

niños no podemos salir mucho —adujo el vaquero.

—Yo tampoco voy al cine —aportó George—. Pero..., ¿qué pasaba en esa película, Elmer?

—Pues eso... que cada huésped de determinada habitación de un hotel desaparecía sin dejar rastro... Los camareros se extrañaban al ver que el cliente llevaba uno o dos días sin salir... La habitación estaba cerrada por dentro y tenían que derribar la puerta... Y se encontraban con que estaba vacía.

—¿Y cuál era el truco? —preguntó Martin.

—¡Oh! Ingenioso... Resulta que...

—No se lo cuentes porque, si deciden verla, ya no les hará ninguna gracia —interpuso Arthur desde la puerta de su habitación.

Iba con pijama, batín y zapatillas y llevaba el pelo revuelto.

—¿No estabas durmiendo? —preguntó el vaquero.

—¿Quién queréis que duerma con cuatro cotorras como vosotros? ¿Qué? ¿Todavía hablando de misterios? ¿Por qué no hacemos algo práctico? Por ejemplo pedir a George que nos haga alguna demostración de su séptimo u octavo sentido.

Hablaba en tono irónico, humorístico, pero sin intención de causar ofensa. Al fin y al cabo estaban en una reunión de amigos y el hecho de que uno de ellos pareciese poseer cualidades ultrasensoriales tampoco era cosa que se pudiera tomar trágicamente.

—¿Quién ha dicho...? —empezó el aludido.

—Yo —asintió Elmer como disculpándose—. Les expliqué lo de tu premonición antes de mi accidente.

—Bueno... —carraspeó George—. Es... Aquello fue una casualidad...

—Pero hoy sabías lo que habíamos estado hablando... Arthur intervino de nuevo:

—Sabía solamente que tú habías dicho que no nos marcháramos... Y esto porque lo escuchó detrás de la puerta.

George sonrió con humildad.

—Bueno, si pensáis esto... Yo no tengo ningún interés en que... En fin, creo que cada cual es libre de tener sus creencias.

Arthur se encaminó hacia la puerta.

—Está bien. No hay nada que no se pueda demostrar si se tiene voluntad para ello. Voy a salir. Cerraré. Que alguien diga algo con

voz normal, y cuando yo vuelva a entrar repetiré exactamente las mismas palabras que se hayan dicho aquí. ¿De acuerdo?

No esperó respuesta y salió. El vaquero sonrió.

—Bueno. Como diversión no está mal. —Y alzando un poco más la voz, añadió—: ¡Eh, Arthur! ¿Te has casado, o sigues soltero? Ya es hora de que hablemos un poco de cada uno de nosotros.

Tras sus palabras esperó. Arthur entró unos segundos después.

—¿Os decidís a hablar o no? —preguntó.

Todos se miraron. Evidentemente no había oído nada. Luego los ojos de los reunidos convergieron hacia George Templeton.

Si desde fuera, a través de la puerta no pasaba la voz, ¿cómo había llegado a saber lo que había dicho Elmer?

Arthur avanzó hacia allí.

—Ya me explicaréis el juego. Voy a tomarme una ducha y a vestirme... ¿Qué os parece si comemos en cualquier buen restaurante...? Nuestros amigos neoyorquinos y «compinches» estarán al corriente de cuáles son los buenos sitios.

—¿Qué has querido decir con esto de «compinches»? —preguntó Elmer Grant.

—Está claro —sonrió George—. Cree que tú y yo estamos combinados.

—¡Es verdad! —espetó el vaquero con harta ingenuidad—. George sabía que en un momento u otro de la conversación Elmer diría lo de que no nos marcháramos y...

—¡Mentira! Esto no es verdad —se defendió el acusado. George sacó un cigarrillo, le prendió fuego y murmuró:

—Creo que será mejor disolver esta reunión... Lo digo en bien de todos.

—¿De qué se trata ahora? —sonrió Arthur, aceptando resignado todo lo que viniera.

—Si lo dijera no querríais creerme, pero todo esto que sucede aquí, lo de los telegramas, la reserva de las dos *suites*... El ambiente...

—¡Acaba! ¿Qué pasa? —preguntó Martin Lemond, el más impaciente de todos.

—No. Es igual...

—Sigue, hombre... A lo mejor saco un buen guion de todo esto —adujo Arthur.

Tras un silencio, y con voz susurrante y lejana, George Templeton repuso lentamente:

—Creo que ya sé quién nos ha convocado aquí.

—¡Al fin se desvelará el misterio! —exclamó sarcásticamente Arthur en tono triunfal.

—Sí... Sólo pudo ser... el destino —concluyó enigmáticamente George Templeton.

CAPÍTULO IV

Arthur se estaba rasurando cuando entró el vaquero.

—Bueno, sólo hay cuatro baños y somos cinco. ¿Te importa que...?

—No, Mark... Estás en tu casa. Después de todo, esto ya está pagado.

—¿Qué opinas, Arthur? —preguntó el de Kansas.

—¿Qué opino de qué?

—De George, de sus presentimientos... De todo esto.

—¡Bah!

—No serás tú, ¿verdad? Yo no voy al cine, pero he leído algunas de tus novelas.

—Hace tiempo que no escribo novelas.

—Bueno, pero las escribías... Y confieso que habías logrado desconcertarme... A menudo decía a mi mujer: «¡Parece mentira que el que ha escrito esto haya sido compañero mío! Habíamos hablado tantas veces de nuestros proyectos, de nuestros planes...»

—Yo siempre supe lo que quería hacer —repuso el escritor comprobando su afeitado.

—Sí... Eres tenaz, lo confieso. En cambio yo... ¿Quién tenía que decirme que me convertiría en vaquero?

—Ventajas de casarte con la propietaria del rancho más grande de Kansas... Mark frunció el entrecejo.

—Sé que algunos piensan que me casé por dinero...

—Yo no he dicho esto.

—Tal vez has llegado a pensarlo también...

—Tómatelo con calma, Mark. En la vida cada uno hace lo que puede. Yo no me meto con nadie. Vive y deja vivir... Me paso las horas encerrado en un estudio. Trabajo, y lo hago a gusto. La forma de ganarse la vida de los demás no me importa, de veras.

—Arthur... Quiero que sepas algo.

—¿Debo saberlo?

—Sí, Arthur. Y todos... Ciertamente que mi esposa era rica, pero puedo decir con orgullo que no me han regalado nada... No sabía nada del negocio cuando me casé con ella, pero aprendí deprisa y trabajé con tesón y hoy sigo trabajando y todo lo que hay en mi casa es nuevo... Lo he ganado yo con mi esfuerzo. Se ha multiplicado el trabajo, funciona todo con sistemas nuevos y a mí también me pasan las horas en la tierra, con las reses o en los sembrados, y pensando y calculando la forma de hacer cosas nuevas, de aumentar la producción... Yo solo, Arthur. Es mi satisfacción. Mi orgullo.

El escritor sonrió mientras se enfundaba una camisa limpia.

—Mark, no tienes que justificarte conmigo.

—Es que quiero que lo sepas... Me casé con Carol porque la adoraba... Y para mí no ha existido nunca más mujer. He pasado todos estos años trabajando y viviendo para ella y para los chicos.

—Eres un excelente padre de familia, Mark... Anda, vístete pronto. Ya empieza a ser hora de comer... Después de todo creo que vamos a pasar un buen fin de semana —repuso saliendo del cuarto de baño.

Mark todavía le detuvo, para preguntar en tono confidencial:

—¡Arthur! Tú no fuiste, ¿verdad? ¿Tú no convocaste esta cita?

—No, Mark. No fui yo —repuso el escritor.

—Yo tampoco... Y de veras que me gustaría saber quién fue y por qué no lo descubre —concluyó el vaquero.

La idea de alquilar un coche partió de Martin. El chófer era George.

—Creí que tenías coche, Elmer —dijo Arthur, cuando el auto cruzaba Central Park alejándose de la zona de Broadway.

—Yo no soy millonario como vosotros. Sigo siendo un modesto empleado de una compañía de seguros... ¡Oh! Es verdad. Vosotros no lo sabíais...

—Un coche de segunda mano no es caro —repuso Martin.

—Bueno... En realidad para estar en Nueva York no se necesita. Ya veis cómo están las calles. El Metro es mucho más rápido.

—¿No haces excursiones? —preguntó Arthur.

—¡Psé! Cuando aprieta el calor. Algún día voy a la playa. En realidad, salgo poco.

—¿Y tus aficiones literarias? —preguntó Arthur—. Recuerdo que querías hacerme la competencia...

—Ya leíste algo una vez. Entonces me dijiste que la idea no era mala. ¿Recuerdas que te mandé un original? Fue después de nuestra última reunión.

—¡Claro que lo recuerdo, Elmer! Sí... Estaba bien, pero no cuajaba para el cine. Entonces yo no era productor. Insistí acerca de mis amigos, pero no hubo suerte. —Hizo una pausa y añadió—: Pero ahora es diferente. Si tienes algo puedes mandármelo.

—Gracias, Arthur. Pero estoy algo desanimado. Convertí aquel guión en novela e intenté que me lo publicaran en Nueva York, pero tampoco tuve suerte... Entonces pensé que verdaderamente no servía para escribir.

—No debes desanimarte. Si de verdad te gusta... Elmer se encogió de hombros.

—De veras, Elmer. Tu guión no era malo. Tal vez acusaba falta de técnica. Pillarle el secreto, pero demostraba tener intención e idea.

—Recuerdo que me lo dijiste entonces.

—Bien. Ahí está mi oferta. No puedo prometerte nada, pero si quieres probar fortuna...

—Tal vez, Arthur... Pero de momento no sé... Ya tengo organizada mi vida. Un poco aburrida, pero... uno se acostumbra.

—¿Y qué tal de chicas? —Siguió el escritor.

Eran los únicos que sostenían el diálogo, del que los demás se mostraban como simples oyentes.

—¡Psé! Una chica hoy en día sólo piensa en casarse... Aunque digan que los tiempos han cambiado, en el fondo una mujer siempre piensa lo mismo...

—Pues no se pasa tan mal —intervino en esa ocasión el vaquero—. Y te lo dice alguien con experiencia.

—Bueno. Tú tampoco te has casado, Arthur, no George... —se detuvo como si acabara de recordar algo.

Los demás se volvieron hacia Martin Lemond, que ocupaba un puesto en el asiento posterior entre Mark y Elmer. Arthur estaba al lado de George, que observaba también al de Boston a través del retrovisor.

—Bueno... Aunque yo me haya divorciado..., nada tengo contra

el matrimonio. Con suerte puede ser algo hermoso.

—Dedicando a la esposa el tiempo que requiere, ¿no? —intervino George.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cierto tinte violento Martin.

—Nada, Martin. Perdona.

—No me gustan las insinuaciones, George... Y menos de este tipo.

—Lo siento... —murmuró George.

—Yo siempre dediqué a mi mujer el tiempo necesario. Cumplía con ella como...

Bueno..., esto a nadie le importa.

—No te sulfures, hombre. De algo hay que hablar —sonrió Arthur.

—Creo que George se está pasando de rosca —espetó el hombre de negocios.

—Creo que estamos todos un poco nerviosos —sonrió el vaquero—. Y la culpa es del que puso los telegramas y quiere seguir manteniendo el anónimo.

Arthur volvió a sonreír.

—Pero si todo está perfectamente claro..., según George... ¿Verdad, George? Ya sabemos quién es el responsable: ¡El destino!

George, que había cruzado el Lincoln Tunnel para seguir por la autopista hasta tomar una bifurcación a la derecha, frenó de golpe el vehículo, obligando a todos a someterse a una brusca sacudida.

—¿Es que te has vuelto loco? —espetó Martin, dirigiéndose a George.

El aludido quitó las manos del volante, como si se tratara de un objeto candente.

—Bueno, George —murmuró pacientemente Arthur—, dinos lo que sucede ahora.

—No... No... Es mejor que no vayamos a un restaurante. Es mejor. Regresemos al hotel.

—¿Por qué, George? Explícalo todo. No hagas *suspense*, por favor, amigo... Vamos a seguir el juego, pero no te extralimites.

—Ya sé que no me hacéis el menor caso. ¡Lo sé! —espetó George—. No me importa... No me importa que os quepa en vuestras cabezas que yo he cambiado. Que mi vida es muy distinta... No. No

importa, pero sigamos adelante y veréis lo que ocurre.

—¿Qué es lo que va a ocurrir? —preguntó seriamente el vaquero.

—Os lo voy a decir, y no me importa lo que hagáis después, pero no digáis que no os he advertido.

Hizo una pausa. A Arthur todo aquello se le antojaba demasiado espectacular, demasiado «recargado». Su forma de hablar, sus pausas... Todo parecían golpes de efecto que a él no podían impresionarle.

Los demás parecían más interesados, pese a su indiferencia; la actitud de George había hecho mella en sus respectivos estados de ánimo.

George, lenta y pausadamente, concluyó:

—Después del almuerzo..., uno de nosotros... *desaparecerá*.

CAPÍTULO V

Si alguno de los cuatro tuvo miedo de las predicciones del presunto vidente, no quiso demostrarlo.

Por lo que concernía a Arthur, como siempre parecía el más dispuesto e interesado en seguir la broma hasta sus últimas consecuencias.

—No me habría perdido el experimento por nada del mundo —comentó mientras los cinco ocupaban la mesa de un reservado del restaurante Park.

Era una moderna construcción en las afueras. La bruma neoyorquina quedaba lejos, envolviendo a la ciudad, que de lejos semejava una enorme masa en ebullición.

El verdor de los prados, las flores exóticas traídas de los lugares más remotos, la piscina... todo hacía del lugar un punto forzosamente apreciable por su paz, por su confort; aunque sólo fuera apto para bolsillos bien surtidos.

—No ha tenido gracia —espetó Martin.

—Pues yo lo encuentro divertido... Y daría cualquier cosa por saber el truco... Hasta ahora confieso que no lo veo claro..., aunque tengo mis sospechas —siguió Arthur.

—George va demasiado lejos.

—Habría sido mejor para todos que no me hubieseis invitado —adujo el aludido—. Después de todo, las cosas sucederán tanto si yo las «veo» como si no...

—¡Claro, George! —sonrió Arthur—. Un vidente *ve lo que va a suceder*, pero no puede impedirlo... Pero tú no nos has dicho quién de nosotros va a desaparecer, ni cómo.

—El cómo no puedo saberlo... Sé que después del almuerzo no estará con nosotros. Eso es todo. ¡Esperad!

Como si de pronto una luz se hubiese hecho en su mente, pareció *ver* algo. Todos callaron.

Arthur le observaba con curiosidad y le dejó que siguiera *viendo* in mente los sucesos por venir.

—¡Dios mío! —exclamó George en un susurro, como si acabara de ver la proximidad del fin del mundo.

—Es horrible —repitió con el mismo tono de voz.

—¿Va a durar mucho esto? —preguntó Arthur. Elmer estaba asustado. Se levantó.

—¡Por Dios, George! Habla... ¿Qué es lo que has visto?

—Es..., es inevitable. Lo sé... Lo sé.

—Será mejor que nos marchemos... ¡Vámonos de aquí! —murmuró Elmer.

—¡Sí! —exclamó Martin—. Y volveré a Boston a mi trabajo. Ojalá no lo hubiera dejado. Esto ya es demasiado.

—No, Martin... No te vayas. Será lo mismo. *Tiene que ocurrir*.

—Sepamos qué es lo que tiene que ocurrir, George —persuadió Arthur Dennie con su tono de intermediario.

De nuevo el vidente hizo una pausa, como si tuviera miedo de hablar.

—¡Vamos! Sentaos, sentaos —añadió Arthur.

Elmer fue el primero en obedecer la sugerencia, aunque evidentemente no las tenía todas consigo.

Martin lanzó un gruñido.

—No tienes sentido del humor, Martin. Los negocios te han avinagrado el carácter... Todo es cuestión de seguir el juego... Y si no se trata de un juego, aguantarse, porque lo que tiene que suceder es inalterable. Nadie lo puede mover, ¿verdad, George?

—A ti te hace mucha gracia todo esto, Arthur... Y no estoy seguro de que no seas tú el que esté en combinación con él.

—A lo mejor eres tú, amigo Martin. Antiguamente en las novelas de misterio el culpable siempre solía ser el menos sospechoso o el más protestón.

—¿Culpable? ¿Culpable de qué? Si alguien cree que toda esta comedia, empezando por los telegramas que nadie ha puesto y la reserva que nadie ha solicitado y las absurdas visiones de George son idea mía es que no tiene ni idea de lo que cuesta controlar una cadena de negocios como la mía, o no me conoce bien.

Se sentó al fin, resignado.

El único que guardaba silencio era el vaquero, porque tal vez no

sabía de qué lado inclinarse.

Fue Elmer quien adujo:

—Según parece nadie..., nadie puso esos telegramas, ni tampoco encargó nuestras *suites*, y esto no tiene sentido.

—No te rompas la cabeza ni malgastes tu materia gris... Mañana por la noche, cuando regresemos, o el lunes, habremos salido de dudas... Vale la pena esperar. Las sorpresas son lo mejor de la vida. Y estamos entre amigos...

George guardaba silencio. Parecía afligido por una tremenda premonición. El vaquero intervino para decir:

—Dinos al menos quién..., quién va a ser el que desaparecerá de nosotros.

Antes de replicar, George miró a cada uno de sus amigos como si estuviera escogiendo. A Arthur se le antojó una escena de suspense llevada hasta sus últimas consecuencias.

Imaginaba un primer plano de cada uno de los rostros de los allí reunidos. Una escena tensa que culminaría cuando George señalara al elegido para desaparecer.

El tercero en ser sometido a intensa y larga mirada fue el vaquero de Kansas. Después le tocó el turno a Martin.

Para que la escena fuera más efectista, George se pasó una mano por el rostro.

Después, volvió sus ojos hacia Martin Lemond.

—Lo siento, Martin —dijo—. Eres tú.

—¡Basta! ¡Comed sin mí! Esta vez que nadie intente detenerme —exclamó el hombre de negocios.

Se levantó y se fue, mientras el camarero llegaba con la bandeja que contenía el primero de los platos pedidos.

George sacudió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera indicar que a Martin nadie le libraría de su inexorable destino.

—Lo que está escrito —añadió—, no se puede cambiar.

CAPÍTULO VI

Arthur encendió un pitillo, soltó al aire una bocanada de azulado humo y comentó:

—George..., no debiste dejar que Martin se fuera. Aunque los negocios le hayan agriado el carácter, es un amigo como todos...

Estaban en el coche de regreso, ya después de haber almorzado.

—¿Sigues creyendo que todo esto es una broma? —murmuró George.

—Mira. A mí no conseguirás impresionarme. Yo sólo me limito a decir que has estropeado el fin de semana. Se lo has estropeado a él, y no tiene sentido.

—Está bien, Arthur. Es posible que tú seas el único que se haya expresado conforme sus pensamientos... Es posible también que Mark y Elmer no lo digan, pero sientan lo mismo que tú.

Detuvo el coche. Estaban en Unión City, todavía al otro lado del Hudson.

—Será mejor que me vaya. Seguid vosotros. Continudad solos el fin de semana.

Hizo intención de salir. Arthur, que como en la ida estaba a su lado, le cogió de un brazo.

—¿Adónde quieres llegar con todo esto, George?

El otro le miró un momento y se abstuvo de responder.

—Bien, George, si no hay truco, creeré que algo te ha trastornado. Es posible —admitió sin deseos de discutir.

—¡Vamos, vamos, George! Vayamos al aeropuerto. Es posible que Martin esté allí, pídele disculpas. Es lo correcto.

George sonrió tristemente.

—Nadie podrá pedir disculpas a nuestro amigo, Arthur.

—¿Por qué?

—Ha desaparecido.

—¿Y dónde ha ido a parar?

Elmer y Mark seguían el diálogo con vivísimo interés.

—No lo sé... Pero Martin no existe.

—Cuando una persona no existe quiere decir que... —empezó Arthur.

—¡Que ha muerto, Arthur! ¡Que ha muerto! —espetó George Templeton con vehemencia.

—No. Su amigo no ha vuelto todavía, ni ha llamado por teléfono —informó el recepcionista—. Creí que habían salido juntos.

—Sí, sí... Está bien —replicó Arthur.

Poco después, y tras subir hasta el piso doceavo con el ascensor en medio de un absoluto silencio, llegaron hasta las *suites*.

Arthur tomó la delantera, abrió la puerta y comprobó que todo estaba igual que lo habían dejado antes de salir para el almuerzo.

En el dormitorio elegido por Martin estaban sus cosas. Su maletín a medio deshacer, sus zapatillas para la noche preparadas debajo de la cama, todo... Arthur se dirigió al teléfono y pidió comunicación con el aeropuerto.

—No llames —dijo entonces Mark con algo en la mano. Arthur se volvió.

—¿Qué?

—Que no llames al aeropuerto. Aquí está su pasaje de regreso. —Y mostró el billete.

—Tal vez no lo ha utilizado. Puede que se fuera directamente al aeropuerto.

—¿Dejando todas las cosas aquí? —inquirió Elmer.

—Bueno. No es mucho. A lo mejor prefiere comprarse lo que ha dejado antes de volver a vernos. Hay gente que aguanta poco las bromas.

George, que había regresado con ellos, fingió no oír. Estaba plantado ante la terraza y miraba hacia fuera.

—¿Qué compañía es, Mark? —inquirió Arthur.

El vaquero le entregó el billete y Arthur, establecida la comunicación, pidió la oficina del aeropuerto de la Kaznar Airlines.

Poco después pedía la información.

—Estoy localizando a un amigo... Quiero saber si ha tomado el avión para Boston. Llámeme por si está en el aeropuerto. Se llama Martin Lemond.

A través del auricular, Arthur pudo oír a lo lejos la voz que a través de los altavoces llamaba insistentemente a Martin Lemond. Al cabo de dos minutos el interlocutor de Arthur respondía:

—Parece que no está, señor... Hemos consultado las listas de los últimos vuelos y el señor Lemond no figura en ellas.

Arthur colgó.

—Para ir a Boston se puede tomar el avión sin pasaje. Se paga en el mismo aparato —aclaró Elmer.

Arthur asintió.

—No es necesario dejar ni siquiera el nombre, y si no se lleva dinero suelto, admiten cheques o la tarjeta de crédito —siguió Elmer.

—Está bien. Llamaremos a su casa más tarde. El vaquero intervino:

—Bueno. A lo mejor ha ido a pasear solo y vendrá más tarde. Arthur sonrió para replicar:

—No, Mark. Martin no era el hombre con deseos de dar un paseo. Cuando dijo que quería regresar a Boston es que deseaba regresar... A menos que hubiese encontrado algún conocido.

—Eso puede ser... —adujo Elmer con una esperanza. George se volvió y miró a sus tres amigos.

No dijo nada, pero su expresión era la del hombre que conoce la verdad y que «sabe» que los demás están equivocados.

Arthur se mordió el labio inferior, como solía hacer cada vez que pensaba cuando estaba en pleno trabajo y no se le ocurría la frase justa, o la respuesta adecuada de un diálogo entre los personajes que creaba para sus guiones.

Y tampoco se le ocurrió en aquel momento la solución.

A las cinco de la tarde del sábado, y después de haber llamado a Boston, la respuesta del criado de Martin fue rotunda:

—No, señor. No ha regresado y, que yo sepa, no tenía que hacerlo hasta el lunes.

—Puede estar en su oficina —insistió Arthur—. Deme el número de teléfono.

—No lo creo, señor. Hace un momento ha llamado su secretaria. Estuvo trabajando y...

—¿En sábado? —cortó Arthur.

—Sí, señor. Hay mucho trabajo y algunos sábados la secretaria

del señor acude a la oficina. Cuando ha llamado hace unos momentos no dijo que el señor hubiese regresado.

—De todos modos, deme el número. Es muy importante.

Obedeció el criado y momentos después Arthur, tras colgar, efectuaba una llamada a la oficina de Martin Lemond en su central de Boston.

—No —replicó la secretaria—. No está aquí. No llegará hasta el lunes.

Cuando Arthur colgó, el silencio de la habitación parecía haber aumentado de volumen. Era algo tangible, casi corpóreo.

—Tal vez deberíamos avisar a la policía —dijo Mark.

—¿Para qué nos tomen por locos? —sonrió Arthur—. Un hombre que sólo hace tres horas que no se le ve, no puede considerarse como desaparecido. Y si les contamos que George ha tenido un presentimiento, entonces los agentes van a cargar con nosotros para que pasemos el fin de semana en un calabozo.

—¿Qué opinas que debemos hacer, Arthur? —preguntó Elmer.

—Yo... hubiera querido largarme. En Los Ángeles dejé a una chica estupenda... Pero ahora —pensó unos instantes y concluyó—: Esperaré a tener noticias de Martin. En todo esto hay algo que no acaba de gustarme.

—Pues yo... yo creo que sí voy a irme —musitó Elmer.

—Tú vives en Nueva York. ¿Qué más te da un sitio que otro?

—Es que... —Elmer pareció dudar.

—¿Tienes miedo? —inquirió Arthur.

—A mí tampoco me gusta esto —confesó Elmer.

—Nadie escapará a su destino —intervino entonces George—. El fue quien nos llamó, quien nos reunió, quien por inescrutables circunstancias nos tiene aquí y seguirá sus pasos.

Clavó su mirada en Elmer.

—¿Qué..., qué te pasa, George? ¿Es que has visto algo nuevo? —tartamudeó Elmer.

—Sí —replicó el aludido sin quitar el ojo al asustado empleado de la compañía de seguros.

—¡George, por Dios! —gritó Elmer.

—Es el destino, Elmer... Tú serás el siguiente.

—¡No! ¡No! —gritó Elmer histéricamente.

CAPÍTULO VII

Eran las 7,30 de la tarde del sábado. Las luces de los anuncios, de las marquesinas de los teatros, de los restaurantes, de los *dancings*, se habían encendido. Broadway era como un ascua y en las calles reinaba la animación habitual de la víspera de festivos.

Mezclados entre la gente, Arthur y Elmer caminaban sin prisa.

—Necesitaba tomar el aire, Arthur —dijo Elmer.

—Y hablar conmigo, ¿verdad? —inquirió el guionista con suspicacia.

—¿Por qué crees que quería hablarte? —repuso Elmer a su vez.

—Me pediste que te acompañara. ¿Por qué yo?

—Cualquiera, menos George.

—¿Le temes?

—Creo que sí... Es diabólico.

—Elmer..., dime todo lo que sepas de él. Tú le has visto con frecuencia.

—Entonces..., ¿qué motivos tienes para temerle?

—No, Arthur. Sólo aquella vez. Es la verdad.

—Todo esto que dice... la forma de comportarse, y la desaparición de Martin.

—¿Nada más?

—No, Arthur...

—Está bien, vayamos a tomar una copa y regresemos. Tal vez haya alguna noticia de Boston.

—No. Yo no quiero regresar... Acompáñame a mi casa. Tomaremos allí la copa, luego vete si quieres.

—¿Me has pedido que te acompañe porque... tienes miedo de andar sólo por la calle? Elmer sonrió como si pidiera disculpas.

—¡Elmer!

—Yo siempre fui el amigo débil. ¿Recuerdas?

Arthur le miró fijamente y al pasar junto a un callejón lo atrajo.

Era el patio de acceso a un teatro y las luces de la calle Cuarenta y dos quedaban ocultas por un recoveco. Sólo una bombilla de tenue luz iluminaba una entrada cerrada por una puerta metálica junto a unas paredes de ladrillos desnudos.

El escritor sujetó por las solapas de la chaqueta a Elmer.

—Lo que eres es un bribón... Empiezo a ver claro... Tú y George estáis de acuerdo.

Habéis tramado esto... ¿Dónde está Martin? ¡Vamos, contesta!

—Suelta, Arthur... Me vas a romper la chaqueta.

Arthur siguió aferrándolo con fuerza. Su mirada no era dura ni implacable, sino absolutamente normal. Intentaba meter miedo a Elmer, por si el que aparentaba era puro fingimiento.

En todo caso la actitud del guionista era simple y llanamente la del hombre que ya está harto de soportar una broma durante doce horas.

—No lo sé. No sé dónde está Martin. Te lo aseguro —murmuró Elmer. Arthur le soltó.

—Y no es verdad que George y yo estemos de acuerdo.

—Entonces tiene que ser Martin... Y cuando se largó del restaurante no me parecía el hombre capaz de estar fingiendo. Como negociante puede ser un as, pero como actor creo que deja bastante que desear.

—Yo tampoco creo que fingiera —adujo Elmer.

—Entonces..., ¿qué es lo que crees tú exactamente, Elmer?

—Que George dice la verdad.

—¿Que es vidente?

—Llámale como quieras... A mí me adivinó lo del accidente.

—¿Qué clase de secta es la que pertenece George?

—No lo sé.

—Está bien. Lo averiguaré... ¿Dónde vives?

—En Brooklyn. Tomaremos el Metro en la próxima esquina si quieres. En veinte minutos estamos en casa. Es un apartamento pequeño. Ya verás... Seguramente una habitación de las tuyas es tres veces mayor, pero yo me encuentro bien allí.

Continuaron en silencio hasta la boca del Metro. De pronto Arthur, como si acabara de recordar algo, preguntó:

—Elmer... La exesposa de Martin vivía en Nueva York antes de casarse, ¿verdad?

—Sí... Creo que sí —replicó Elmer arqueando las cejas y sorprendido por la inesperada pregunta.

—Y después del divorcio... ¿Volvió?

—No sé...

—Pero aquello levantó bastante polvareda. Martin es importante en el mundo de los negocios y su mujer había sido cantante. Alma Ralston.

Elmer asintió.

—Se me ocurre una idea... Luego iremos a tu casa. Ahora haremos otra cosa.

—¿Qué?

—Averiguar si Alma Ralston está en Nueva York... ¿La has visto anunciada en alguna parte?

—¿Quieres decir si ha vuelto a cantar?

—Sí. Al divorciarse de Martin puede que decidiera volver a lo que hacía antes.

—Pues no sé... No leo mucho la cartelera de espectáculos. No estoy al corriente. Leí lo del divorcio, pero de Alma no he vuelto a saber nada... ¿Supones que Martin haya podido ir a verla?

—No sería nada descabellado. Recuerdo que Alma era una mujer muy hermosa.

Elmer sonrió nerviosamente, como si repentinamente y por un momento, le hubiera desaparecido su miedo.

—Pero se dijo que él no le hacía ningún caso.

—¡Oh, Elmer! Siempre se exagera. Tú tampoco sales mucho con chicas, según has confesado, y no por ello nadie te toma por anormal.

—Yo no dije que Martin fuera anormal —replicó Elmer—. Sólo repito los comentarios. Entraron en una de las cabinas de la estación y Arthur buscó en uno de los cinco o seis listines correspondientes a los distintos distritos.

En cada uno de ellos había varios apellidos Ralston.

—Habrà que buscar. Ayúdame llamando desde otro teléfono, Elmer.

—¿Crees que vale la pena? —insistió Elmer. Pero el escritor no contestó.

Al cabo de veinticinco minutos, Arthur dio con el teléfono de la Alma Ralston que buscaba.

—¿Por qué supone que está aquí mi ex marido? ¿Quién demonios es usted? —espetó una voz no demasiado amable desde el otro lado del hilo.

—Soy un amigo de Martin y pensé que... pudiera haber venido a verla.

—No he vuelto a verlo, ni lo deseo... Buenas noches, y no vuelva a llamarme para hacerme preguntas estúpidas.

—¡Espere, por favor! —exclamó Arthur viendo que ella parecía decidida a colgar.

—¿Qué quiere ahora?

—Si aún a pesar suyo Martin apareciera por su casa...

—¡Le daría con la puerta en las narices! —atajó ella.

—Pero antes... díglele por favor que sus amigos están intranquilos. Es importante, señora Lemond... Perdón, señorita Ralston.

Ella colgó sin replicar.

Poco después, Arthur y Elmer se encaminaban decididamente hacia el andén del Metro, en el apartamento de Alma Ralston, la exesposa de Martin, tras colgar quedó un momento pensativa. Encendió un pitillo. Se sentó de nuevo en el diván cruzando aquel par de piernas que tiempo atrás se habían hecho famosas en las portadas de algunos *night clubs* y también en varias revistas, y marcó un número de teléfono.

Esperó unos instantes y, cuando le contestaron, murmuró con voz más suave de la que había empleado con Arthur:

—¿Eres tú, querido?

Al otro lado del hilo replicó otra voz en tono risueño:

—¡*Mamma mia!* Yo soy lo que tú quieras, encanto...

—¡Eh! —exclamó ella—. ¿Quién está ahí? No es este número el MU-58 054.

—¡Qué más quisiera yo, cariño! —replicó la voz con acento italiano al otro lado del hilo. Alma colgó contrariada y volvió a marcar el mismo número. MU-

58 054.

Aquella vez nadie respondió. Indudablemente antes se había equivocado. La persona con quién deseaba hablar evidentemente no estaba en casa.

CAPÍTULO VIII

Las 8,20 del sábado en el apartamento de Elmer Grant, en Brooklyn.

La vivienda del empleado de la compañía de seguros constaba de una sala bastante espaciosa que hacía las veces de comedor, lugar de descanso, estudio, etc. Allí podía compendiarse la vida de las personas que ocupaban la casa, en ese caso sólo era uno: Elmer.

Otra habitación destinada a dormitorio, un baño completo, una cocina pequeña metida en el entrante del salón, disimulada con una cortina, y un pequeño cuarto trastero era todo.

Elmer sacó una botella y dos vasos de un estante y los dejó sobre una mesita entre dos butacas.

—Vamos a tomar un trago —murmuró consultando el reloj.

El escritor echó una ojeada al teléfono que estaba sobre un mueble librería situado en la pared lateral junto a la puerta del dormitorio.

—Voy a llamar a los otros. Diré que estoy aquí. Elmer asintió.

Mientras servía dos buenas raciones de *whisky*, Arthur buscó en el listín el número del hotel. Elmer se acercó con el vaso y volvió a consultar el reloj.

—¿Nervioso? —inquirió Arthur.

—No puedo evitar pensar en los vaticinios de George. — Entonces no te quedes solo. Nos quedamos un rato y volvemos al hotel.

—No. Prefiero estar aquí.

—Entonces..., te expones a desaparecer —sonrió Arthur.

—No abriré a nadie.

El escritor consiguió el número y lo anotó en su memoria. Marcó y, en cuanto obtuvo la comunicación, pidió la *suite* 1240.

Segundos después contestaba Mark Tablyn:

—No..., no hay nada de Boston. Esto ya empieza a durar

demasiado, ¿no te parece? —comentó el vaquero.

—No sé, Mark. De veras que no sé qué pensar. ¿Dónde está George?

—Ha salido poco después que vosotros.

—¿Y dónde ha ido?

—No lo ha dicho... Pero por mi parte te aseguro que si no fuera por lo de Martin yo me largaría esta misma noche. Pensaba pasar un buen fin de semana y esto se está convirtiendo en una pesadilla. ¿Y tú dónde diablos estás?

—Con Elmer, en su casa.

—Esperemos que Elmer no desaparezca también.

—El no tiene ninguna gana —sonrió Arthur.

—¿Piensas volver pronto?

—Tomaré un bocadillo por ahí antes de regresar. No tardaré demasiado.

—Yo también he comido un pisolabis y he descubierto que los filetes de ternera son horribles. En Kansas comemos mejor carne.

Arthur sonrió y colgó el teléfono. Elmer comentó:

—De momento, Martin sigue sin aparecer.

Arthur tomó su *whisky* de un trago y luego se puso en pie, murmurando:

—¿Vienes?

—¿Te vas ya? ¡Espera! Tomemos unos bocadillos. Tengo algo en la nevera.

—No te molestes, comeré en cualquier sitio.

—Bueno..., si tienes prisa...

—Deberías venir conmigo —insistió Arthur.

—No. Aquí me siento más seguro... Si sabéis algo de Martin, comunicádmelo. Quedaré más tranquilo.

—Descuida, Elmer —prometió Arthur. Poco después, salía a la calle.

Mientras andaba en dirección a la estación del Metro, no advirtió cómo un coche color marrón oscuro se detenía en la esquina y unos ojos escrutadores le observaban a través del parabrisas.

Cuando Arthur hubo doblado la esquina, aquellos ojos se volvieron hacia la entrada del pequeño edificio donde vivía Elmer Grant.

Eran las 9,05 cuando Arthur, después de haber tomado Un bocadillo y una cerveza de uno de los bares cercanos al hotel, llegó a la *suite*. George ya había regresado.

Mark abría y cerraba las manos nerviosamente. George se mostraba impasible. Arthur dedujo que le estaban esperando.

—¿Qué diablos ocurre?

—Acaban de dar la noticia ahora mismo..., por la televisión —murmuró George.

—¿Qué noticia?

George cedió la palabra al vaquero para que fuera él quien informara a Arthur.

—Martin... ha sido encontrado.

—¿Que ha sido...? —empezó Arthur.

El vaquero asintió. Parecía que le costaba trabajo hablar.

—En una estación de ferrocarril, cerca de donde estuvimos comiendo...

—A un kilómetro aproximadamente —puntualizó George.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Arthur.

—Ha muerto —replicó Mark.

—¿Cómo? —siguió interrogando Arthur—. Soltadlo todo de una vez.

—Se ignoran las causas... Le encontraron tumbado en un banco de la estación a las cinco de la tarde.

—¿A las cinco? Cuando marchó del restaurante eran la una y media, y si no hay más de un kilómetro...

George puntualizó:

—Le encontraron a las cinco, pero parece que ya llevaba muerto desde hacía un buen rato.

—¿Y nadie se dio cuenta?

—Bueno... Posiblemente creerían que dormía... Le tomarían por borracho, hasta que alguien descubrió que no respiraba. Avisaron a la policía y lo identificaron. El nombre de Martin Lemond es bastante famoso como para silenciar la noticia.

Arthur quedó mirando a George. Ahora sí había dureza en los ojos del escritor.

—Vamos a la policía... Y tú también, George... Ahora será a ellos a quienes tendrás que explicar tus *videncias*.

El vaquero adujo:

—¡Un momento! ¿Y Elmer? George también le pronosticó su desaparición.

—¿Qué tramas, George? ¿Qué se oculta detrás de todo esto? — espetó el escritor.

—¿Qué quieres decir...? Yo estuve todo el tiempo con vosotros... No sé qué insinúas.

Yo..., yo me limité a presentir su desaparición. Nada más...

—¡Basta ya de comedia, George! Creo en las casualidades, pero ésta me suena a «demasiado preparada».

—Creí que no te ponías nunca nervioso, Arthur. Estás perdiendo los estribos...

—Procura que esto se aclare, George. Di la verdad o vas a verte metido en un buen lío.

Prolongó su mirada al vidente, y después se dirigió al teléfono. Buscó en el listín y marcó un número.

—Quiero que Elmer lo sepa... Y que desde ahora vaya con mucho cuidado. Marcó el número y esperó.

El timbre sonó varias veces, pero nadie contestó. Colgó y volvió a insistir.

—Es extraño, dijo que no saldría —murmuró.

Volvió a mirar el número, para cerciorarse de que no se había equivocado, y al comprobar que había marcado correctamente, llamó a la central. Al responderle la operadora quiso saber:

—Compruebe si han cambiado el número al que estoy llamando, o si está averiado. La operadora tomó nota y rogó a Arthur que esperara un momento.

Insistió ella, hizo las comprobaciones de rigor y facilitó la respuesta:

—No, señor. El teléfono funciona. El abonado debe de estar ausente. Arthur colgó.

—¡Vamos! —dijo avanzando hacia la puerta—. Luego iremos a la policía, ahora quiero saber qué le ha ocurrido a Elmer.

CAPÍTULO IX

Nadie contestó a las repetidas llamadas de Arthur. El vaquero también insistió, con idéntico resultado.

George, por su parte, se inclinó y miró por el ojo de la cerradura.

—Dentro está oscuro. No parece que haya nadie —dijo incorporándose otra vez. Arthur lo comprobó por sí mismo y dio la razón a George.

—Dijo que no saldría —murmuró.

Mark se volvió hacia George para preguntarle:

—Escucha, amigo... Esto empieza a no gustarme.

—Y a mí tampoco, pero yo no tengo la culpa. Cuando quise dejaros solos me lo impedisteis. Lo tomabais todo a broma. Ahora se van cumpliendo mis premoniciones y me acusáis... ¿Es que acaso no he estado con vosotros?

—¡No siempre! —exclamó Mark—. Antes has salido.

—Pero Elmer no estaba solo. Arthur estaba con él —adujo George.

—Tengamos calma —intervino Arthur—. ¿De qué han dicho que había muerto Martin?

—No..., no lo dijeron —repuso Mark—. Bueno... En principio parece muerte natural, pero seguramente le harán la autopsia.

—O sea, que no había sido a causa de ninguna violencia... George negó con la cabeza.

Guardaron silencio al oír unos pasos. Se volvieron y vieron a un hombre que subía la escalera.

Era un individuo de edad rayana en los cincuenta, parecía cansado. Al llegar al rellano miró a los hombres y siguió hasta la siguiente puerta.

Al introducir la llave en la cerradura, se volvió para mirar a hurtadillas a los tres amigos. Arthur avanzó.

—Oiga... Usted es vecino de un amigo nuestro. Elmer Grant... ¿Sabe si ha salido? El hombre se encogió de hombros, como si le costara trabajo contestar.

—Es importante —insistió Arthur.

—Le vi subir a un coche hace unos diez minutos.

—¿Iba solo? —quiso saber Arthur.

—No me he fijado.

—¿Cómo era ese coche?

—¿Son ustedes amigos o... policías?

—¿Qué le hace suponer que podamos ser policías...?

—Oiga. Yo no me meto con nadie. Déjenme en paz.

—Espere... Ya le he dicho que éramos amigos...

Una voz dentro de la casa a la que iba a entrar el vecino inquirió:

—¿Qué pasa, Sam? ¿Con quién estás hablando? Era una voz femenina, algo cascada.

—Ya voy, Marcia... Son unos señores que preguntan por nuestro vecino. —Y el hombre se metió dentro de la casa.

Poco después, cuando los tres amigos estaban de nuevo en la calle, Mark comentó:

—¿Por qué saldría?

—Esto es lo que me extraña —adujo Arthur pensativamente—. Parecía muy asustado y aseguró que no abriría la puerta a nadie.

—Nadie puede luchar contra su propio destino —sentenció George.

Arthur había llamado a la brigada del distrito donde fue encontrado el cadáver de Martin.

Le informaron que el cadáver estaba en el depósito y le preguntaron su nombre. El escritor replicó:

—Soy Arthur Dennie, de Los Ángeles. Ahora vengo con dos amigos. —Y colgó.

Fuera de la cabina hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y el vaquero buscó un taxi con la mirada.

Poco después el vehículo les conducía al puesto de policía donde poco antes Arthur había llamado.

—De acuerdo en que en principio no mencionaremos para nada esa «cualidad» de George... —empezó el escritor.

La palabra *cualidad*, la pronunció con marcado retintín.

—De momento —prosiguió—, interesa saber si la muerte se produjo en efecto por causas naturales.

—Si no fue así..., ¿de qué otra manera pudo morir? —inquirió Mark.

La respuesta fue lacónica:

—El corazón. Un ataque —dijo el teniente. Arthur disimuló un suspiro.

—Muerte natural... —sonrió.

—¿Tenía motivos para pensar que su amigo fuera asesinado? —preguntó Lansley.

Era un policía veterano, cargado de hombros y escaso de pelo. Un hombre que llevaba escrito en su rostro una larga vida profesional al servicio de la ley.

—No, claro... Pero, al conocer la noticia, nos extrañó.

—¿Conocían bien al señor Lemond? —preguntó el policía repasando distraídamente unos papeles que tenía sobre la mesa de su despacho, no demasiado ordenada.

—Fuimos juntos a la Universidad. Nos reunimos para pasar el fin de semana juntos.

—Humm... ¿Hacía tiempo que no veían a su amigo? —inquirió el policía. El de Kansas respondió:

—Poco más de seis años.

—Padecía del corazón... Entre sus cosas hemos encontrado esto. —Sacó un pañuelo de seda donde había unas llaves, la bolsa de caramelos, un billetero para el dinero, una cartera con pasaporte, carnet de conducir, carnet de socio de dos clubs de Boston, tarjeta internacional de crédito y otros documentos, y además un frasquito con unas pequeñas tabletas que el policía mostró a los tres amigos.

—Un preparado a base de trinitrina. ¿Saben qué es esto? Arthur respondió:

—Suelen tomarlo los cardíacos.

—Tú entiendes de todo —sonrió el vaquero.

—Angina de pecho —afirmó el policía—. Suelen tomarlo los que tienen esa enfermedad. En cuanto les viene el dolor... —señaló el frasquito.

—No nos había dicho nada —dijo George.

—Era un hombre importante... Posiblemente no le interesaba que se supiera. Arthur comprendió.

—Manejaba créditos. Quizá los Bancos hubiesen retirado su confianza especulando con una posible muerte prematura... Lástima. Había trabajado mucho.

—Bien, señores... Ahora si quieren identificar el cadáver...

—¿Ha sido notificado a la familia? —preguntó George.

—La televisión ha dado la noticia. El descubrimiento lo hizo un periodista. No pudimos evitar que se divulgara. De otro modo habríamos comunicado a su casa —dijo Lansley.

—En realidad —murmuró George—, creo que en Boston no existe ningún familiar...

Desde que murió su tío, hará unos siete años, sólo le quedan unos parientes lejanos.

—En tal caso pasaré la comunicación oficial a su casa de Boston... —concluyó el teniente Lansley.

CAPÍTULO X

—¡Muerte natural! —repitió Arthur preparando la maleta en la habitación del hotel.

—¿No estás convencido? —murmuró a su vez Mark.

—¿Tendremos que creer que George acierta en sus premoniciones? —replicó el escritor.

—Esto me hace pensar en Elmer —espetó el vaquero.

—¡Vamos, George! Confiesa que tú has sido el primer sorprendido —adujo Arthur volviéndose hacia el silencioso vidente.

—Pensad lo que queráis... Pero desde el primer momento dije que esta reunión había sido convocada con un fin..., del que ninguno de nosotros somos responsables...

—Así, según tus teorías, Elmer puede ya estar muerto como Martin.

—No lo sé. Pero los que desaparecen...

—Sí, sí —atajó el escritor—. Pero Elmer no creo que sufra del corazón.

—Se puede morir de muchas maneras —replicó George Templeton—. Y no hay modo posible de cambiar los pasos del destino.

—Llama, Mark. Daremos la noticia a Elmer sobre la muerte de Martin. Anoté el número en una hoja.

—Ya veo —replicó el vaquero.

—Esperemos que haya llegado.

—¿No pensáis salir esta noche? Son las once. Es temprano todavía —dijo George.

—Con Martin de cuerpo presente... —dijo el vaquero—. No creo que estuviese nada bien.

—No le devolveremos la vida quedándonos en el hotel —replicó George.

—De acuerdo, pero yo me quedo, y me largaría ahora mismo a

Los Ángeles si no fuera para acompañarle hasta Boston. Es lo último que podemos hacer por él —fue la resolución del escritor.

Mark había marcado el número y colgó, murmurando:

—Es inútil. No contesta. No debe haber regresado todavía.

—Bien, creo que es mejor que vayamos a descansar —adujo Arthur—. Hoy ha sido un día bastante agitado.

—Sí. Yo también me voy a la cama —corroboró el de Kansas.

—Bueno. Creo que no tiene objeto que yo me quede. Nos veremos en el entierro de Martin... ¿Tendremos que esperar a que den la autorización?

—En cuanto la obtenga, hablaré con su criado. Es posible que si estaba enfermo habrá dejado alguna instrucción sobre su entierro. Martin era muy ordenado.

—¿Quieres decir que tendremos que trasladarle a Boston? —preguntó Mark.

—Sí... Pudiera ser.

—Esto ocupará más tiempo. Tendré que avisar a Carol.

—No es necesario que te quedes si tienes trabajo, Mark.

—No importa, Arthur... Aunque todo esto haya sucedido de una forma extraña, no por ello Martin deja de ser nuestro amigo.

—En tal caso —terció George—, cabe suponer que el traslado tendría lugar el lunes.

—Es probable —admitió el escritor.

George se volvió para mirar profundamente a Marie.

—¿Qué pasa? ¿Qué diablos miras?

—Pienso que...

—¿Qué? —insistió el de Kansas.

—Nada.

—No empieces a decir las cosas para quedarte a medias —insistió Mark.

—El destino sigue cumpliendo su programa.

—¿Qué programa? —quiso saber el de Kansas.

—Lo siento, Mark... —fue la lacónica respuesta de George—. Pero tú el lunes... ya no estarás con nosotros.

La noticia venía en los periódicos matutinos. Era un suceso de última hora y el encargado de recepción subió personalmente a la *suite* para expresar su condolencia.

—Es verdaderamente lamentable... Quiero expresarles mi verdadero sentimiento.

—Bueno —replicó Arthur—. A nosotros también nos ha trastornado. Martin Lemond era joven... Gracias, amigo.

El recepcionista sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! No me refería al señor Lemond..., en estos momentos, sino a su otro amigo... —Y el hombre mostró el periódico abierto por la página que publicaba la noticia.

El cuerpo destrozado de un hombre había aparecido en la vía férrea. Un expreso lo arrolló a última hora de la noche y ni el maquinista ni nadie advirtieron lo ocurrido.

El hombre, por los documentos hallados en los raíles era: ¡Elmer Grant!

Apenas Arthur y Mark terminaron de leer la noticia, apareció George, que había pasado la noche en su apartamento de la calle 26.

Aquel cuerpo humano era un rompecabezas de difícil composición.

Los encargados del depósito habían intentado reconstruir lo que antes fue una forma humana, pero a pesar de su habilidad se quedaron en el empeño.

El cráneo machacado por el convoy posiblemente fue arrastrado varios metros y la carne parecía haber sido arrancada a tiras de los huesos que formaban la cabeza que, además, se hallaba partida en dos mitades irregulares.

Un brazo estaba separado del tronco, igual que las dos piernas. Lo único que habían conseguido a medias fue limpiar la sangre.

—No es posible reconocerle —murmuró Mark apartando sus ojos de aquella espantosa visión.

George se volvió lívido. Sin embargo aguantó como si de repente se hubiese convertido en una figura de granito.

Arthur apretó los dientes y volvió la mirada hacia Lansley.

Sí. También aquel suceso había ocurrido en la demarcación del veterano policía.

—¿Cuándo calculan que ocurrió el accidente? —preguntó el escritor.

—Más o menos entre las 10,30 y las 11 de la noche.

—Nosotros estuvimos aquí hasta las 10,30 —dijo el de Kansas.

—¿Se trata de un accidente? —preguntó Arthur. Lansley miró largamente al escritor antes de preguntar.

—Es la segunda vez que me pregunta lo mismo en escasas horas...

—Bueno... No es corriente que la gente muera arrollada por un tren.

—Y tampoco es muy corriente que de cinco amigos que se reúnen para pasar un fin de semana y evocar sus tiempos de estudiantes, fallezcan dos en tan escaso tiempo... —murmuró el policía.

Se produjo un silencio. Mark fue el primero en volver los ojos hacia George, que permanecía en su actitud lejana, ausente, introvertida.

—Y yo..., yo puedo ser el tercero —dijo vacilante Mark.

—¿Usted? ¿Qué motivos le inducen a pensar tal cosa, señor... cuál es su nombre?

—Mark Tablyn... —Y miró insistentemente a George.

—Bien —terció Arthur al cabo de un silencio—. Creo que se impone que digas algo, George.

El policía volvió su atención hacia el vidente.

—Vayamos a mi despacho. Si tienen algo que decir, allí podremos hablar con más comodidad —murmuró el policía indicando con un ademán que pasaran delante para salir del depósito.

—¿De modo que usted presiente la muerte de sus compañeros? —murmuró Lansley, cuando a grandes rasgos George Templeton acabó de contarle sin demasiados detalles sus premoniciones.

—Y el siguiente voy a ser yo teniente —adujo Mark algo agitado.

—¿Qué tal anda de salud, señor Tablyn? —preguntó Lansley con un disimulado tono irónico.

—Yo..., yo me encuentro perfectamente —tartamudeó el vaquero.

—Entonces vigile usted los accidentes —repuso el policía, y volvió la mirada a George.

—¿No tiene nada más que añadir? —inquirió. George negó con la cabeza.

—Ya sé que todo esto le parecerá extraño... Pero yo no tengo la

culpa. *Ellos* han muerto... Yo no me moví. No vi para nada a Martin Lemond, ni a Elmer Grant después que se fueron y ocurrió... lo que ocurrió.

—Sí... Al menos anoche ustedes estaban aquí... ¿A qué hora regresaron al hotel?

—Llegamos poco antes de las once —testificó Arthur.

—¿Les vio el conserje, claro? —inquirió el policía.

—¿Es que pretende insinuar que...? —empezó Arthur.

—Señor Dennie —cortó Lansley—. Yo no insinúo nada. Hago preguntas... Y a usted también le parece extraño que en tan pocas horas de diferencia dos de sus amigos hayan desaparecido del mundo de los vivos.

—Bueno. Usted lo dijo antes, Lansley. Esto no es muy corriente.

—Y está de por medio ese presentimiento constante del señor George Templeton que por lo visto ve la sucesiva desaparición de sus amigos.

—Sí...

—¿Para cuándo me dejas a mí, George? —sonrió Arthur.

—Tú siempre lo has tomado a broma... Ahora debes estar convenciéndote de que yo no bromeo en estas cosas.

—Bien —terció el policía—. De donde nos hallamos hasta la vía férrea en automóvil tardarían unos diez minutos... Y hasta su hotel una media hora... Por tanto queda descartado que ninguno de ustedes tres pudiera ir hasta allí y empujar a su amigo.

—¿Por qué cree que nosotros hayamos tenido que ver? —espetó el vaquero de Kansas.

—Porque no creo en premoniciones ni en videntes... Soy así de antiguo, a pesar de ciertas nuevas tendencias —replicó en tono desabrido el teniente—, y porque al parecer usted es el tercero de la lista y no me gustaría verle muerto, mientras el asesino se hartaba de reír en mis propias narices. ¿Está claro?

Se produjo un silencio y el policía añadió:

—En fin. Investigaré esto. Si piensan abandonar la ciudad deben comunicármelo antes.

—Usted dijo que Martin Lemond había muerto de un ataque al corazón —murmuró George saliendo de su marasmo.

—Dije esto ayer...

—¿Es que no ha sido el corazón? —inquirió Arthur interesado.

—He hecho algunas averiguaciones. Entre otras, despertar al criado del difunto señor Lemond, que al parecer dormía plácidamente en Boston.

Hizo una pausa y añadió:

—Según mis informes, corroborados por el médico del señor Lemond, a quien también tuve que despertar..., su amigo no padecía ninguna afección cardíaca... No usaba trinitrina...

—Pero usted nos mostró un frasco.

—Que alguien pudo meter en su bolsillo —adujo el policía.

—Nosotros estábamos en un restaurante. Los tres —añadió por su cuenta Mark.

—Uno de ustedes puede tener un cómplice... ¿No lo han pensado? ¡Oh! Usted sí, señor Dennie... Escribe guiones para el cine y novelas policíacas... Usted sí lo habrá pensado, ¿verdad?

Por toda respuesta, Arthur comentó:

—Se supone que Lemond fue asesinado, ¿no?

—El cadáver ha sido confiado al gabinete de toxicología para un examen más a fondo.

—¿Veneno? —inquirió Arthur.

—Alguien debe saber la respuesta antes de que la averigüen los técnicos —repuso Lansley.

—¿Quién? —inquirió George.

—El asesino —replicó tajante el teniente.

CAPÍTULO XI

—No puede ser —dijo Arthur en el asiento trasero del coche que conducía George Templeton de regreso al hotel.

—¿Lo del veneno? —inquirió el chófer.

—Martin no bebía, no fumaba, y no había comido nada desde el café que tomó en el aeropuerto por la mañana.

—Es verdad —murmuró Mark.

—Las causas no importan... Tenía que desaparecer —dijo George atento a la conducción del vehículo.

—El teniente tiene razón en una cosa —murmuró Arthur—. Alguien debe tener un cómplice.

—¿Y pretende asesinar a todos? —preguntó el vaquero.

—A todos menos a sí mismo —sonrió Arthur.

—¡George! Tienes que hablar claro de una vez... —espetó Mark. El conductor guardó silencio.

—¡Maldita sea! ¿Quién ganará algo con nuestra muerte? —exclamó nuevamente Mark.

—Esto es lo que me gustaría averiguar —repuso Arthur, y a continuación añadió—: George..., antes de regresar me gustaría hacer una visita a alguien.

—Tú dirás dónde debemos ir.

—A casa de la exesposa de Martin.

—¿Alma Ralston? —inquirió Mark.

—Exactamente.

—¿Qué puede tener ella que ver? —preguntó George.

—Posiblemente nada. Pero estuvieron casados casi dos años, ¿no? Es la persona más a mano que tenemos para que nos hable de sus... posibles enemigos.

Tras una pausa, Mark expuso:

—Supongamos que Martin haya sido envenenado... Supongamos que se trata de un asesinato. En su caso puede estar justificado. Era

un hombre importante y los hombres importantes tienen enemigos. Pero ¿y Elmer? ¿Si alguien empujó a Elmer a la vía férrea cuando pasaba el tren, por qué lo hizo? Desengañémonos... Elmer era el peor situado económicamente... ¿Quién podía tener interés en matarle?

—Tal vez... —murmuró Arthur buscando una respuesta adecuada— sospechaba algo.

El vecino nos dijo que le vio subir a un coche... En el coche podía haber alguien.

—¿El asesino? —inquirió George enigmáticamente.

—Podría ser.

—¿Y le mató para que no revelara sus posibles sospechas? —insistió otra vez George.

—Exacto.

Mark, como pensando repentinamente en algo, adujo:

—¿Dónde estuviste anoche, George?

—Tenía una cita con mis amigos de la secta —repuso tranquilamente.

—Me gustaría comprobarlo.

—Puedes hacerlo cuando gustes, Mark. Pero date prisa... No llegarás a mañana.

—¡Maldito! —Desde atrás, y en un arrebato de cólera, pretendió sujetarle.

Arthur tuvo que intervenir para que el automóvil, sin brazos que guiaran su volante, no sufriera un despiste.

—¡Vamos, vamos! ¡Calma! —rogó el escritor.

—¿Por qué esas sospechas? ¿Por qué tengo que ser yo el culpable de lo que ocurre? —murmuró George moviendo los hombros para que la chaqueta se colocara bien.

Arthur pausadamente respondió:

—Es lógico. Tú has iniciado esto, George. Tú conoces la trama... Un buen guión, desde luego. De momento sigues dando las cartas. Pero ten cuidado... En cuanto se te descubra la trampa, estás perdido.

Alma Ralston no estaba vestida como para recibir visitas. Bueno. En realidad no estaba vestida.

Su sucinto camisón, que pretendía cubrir con otra prenda tan transparente como un cristal, la convertía en una mujer más apta

para salir a un escenario para interpretar una comedia picaresca.

Si los tres amigos hubieran estado de mejor talante quizá Hubiesen olvidado el motivo que les llevaba a aquella casa, cuyas señas había anotado Arthur la noche anterior.

—¡Ah! Usted es el que telefoneó anoche —exclamó la mujer en cuanto Arthur se dio a conocer.

—Lamento molestarla, señora...

—¿Por qué insiste tanto en hablarme de Martin? Llevamos cinco años divorciados...

—Supongo que está enterada de su muerte.

—Sí. Lo estoy. Y lo siento. Yo no deseo mal a nadie. Pero son cosas que ocurren. Todos tenemos que morir... Ya sé que Martin era joven. Pero no comprendo por qué ustedes...

Arthur la atajó con un ademán.

—No se ponga nerviosa...

—¿Quién está nervioso? —espetó ella.

Lo estaba. Arthur había advertido cierta inquietud en la mirada de la exesposa de su amigo.

—Sólo pretendemos saber si Martin tenía algún enemigo.

—Lo que Martin no tenía eran amigos —replicó ella.

—Nosotros lo somos —replicó Arthur a su vez.

—Bueno. Serían los únicos. Ustedes y ese criado horrible que hay en su casa y que parece que forma parte del mobiliario.

—Y esos enemigos...

—¡Bah! Yo conozco a poca gente. Martin siempre pretendió tenerme como si fuera también algo así como un mueble. ¿Yo parezco un mueble?

A pesar de la doble intención de la frase, Alma no puso la coquetería necesaria.

Su actitud, su forma de expresarse, sus ademanes, todo ello indicaba un estado inquieto.

Por otra parte la hermosura de su rostro y la belleza de sus cinceladas líneas no respondía a su forma de expresarse un tanto vulgar.

Arthur pasó por alto la observación de la exesposa de su amigo y añadió:

—La policía está investigando. Parece ser que existe la posibilidad de que Martin haya sido asesinado.

—¿Qué?

A pesar del maquillaje, Alma no pudo disimular la palidez que acababa de apoderarse de su rostro.

—Sí... Y otro amigo nuestro murió anoche arrollado por un tren.

—¿Y a mí qué me cuentan? Yo no he vuelto a ver a Martin desde que nos divorciamos. Ni siquiera sabía que estaba en Nueva York hasta que usted me lo dijo anoche por teléfono.

Alma se puso en pie, encendió un cigarrillo. Paseó nerviosamente y echó al aire un par de bocanadas de humo.

—Bueno... Si no nos puede ayudar.

—No. No puedo. Yo no sé nada, y no quiero verme mezclada en ningún lío.

Arthur se levantó también. Tanto Mark como George no habían despegado los labios, dejando que fuera el escritor quien llevara la voz cantante.

Poco después, y ya en la calle, Mark comentó:

—Tiene miedo.

—Ya lo he observado —corroboró Arthur.

—¿Por qué crees que lo tiene?

—Eso pregúntaselo a George. Es él quien adivina los pensamientos... ¿Verdad, George? Iban camino del hotel por las calles menos saturadas de tráfico.

Desde Central Park, George dobló a la derecha para ir en busca de la calle 33, donde estaba enclavado el hotel Garvel.

El escritor miraba atentamente el retrovisor.

—George —dijo—. ¿Has observado ese coche negro?

—Sí.

—Nos sigue.

—Sí.

—Bien... ¿Quién crees que puede ser?

—No lo sé.

—Sepamos hasta dónde es capaz de seguirnos. ¿Qué tal chófer eres?

—Conduce tú si no te fías de mí.

—Detente en la esquina —fue la respuesta de Arthur.

CAPÍTULO XII

Arthur había empuñado el volante.

Durante los breves momentos que el automóvil estuvo detenido para que George pasara a ocupar el asiento del escritor y éste se dispusiera a conducir, el coche negro también se había detenido a unos treinta metros.

—Agarraos —advirtió Arthur.

Pisó el embrague y lo soltó para arrancar suavemente. Detrás, el coche negro se puso también en marcha.

Arthur dio gas y el cuentavelocidades marcó pronto los 80 kilómetros.

—Nos van a detener —observó George.

—Pagaremos la multa —dijo tranquilamente Arthur. Circulaban todavía por el Midtown[1].

Arthur dobló por la Sexta Avenida en sentido descendente. Dobló nuevamente por una calle transversal para hacer la maniobra a la inversa al llegar a la Séptima Avenida.

Doblando continuamente y acelerando llegó al cruce geométrico de la 23 Sth, con Broadway, para tomar esta última y seguir de nuevo la dirección Sur.

Casi al final de la isla y cuando ya iba a entrar en la vía del Tunnel de Brooklyn que atraviesa el East River, torció nuevamente a la derecha en dirección a Chinatown.

Los ojos de Arthur no se apartaban del retrovisor.

Los ocupantes del coche perseguidor no perdían contacto y lo que pretendía el escritor era no distanciarse realmente, sino poderles sorprender.

Cerca de Lover East Side, siguió hasta Williamsburg Bridge y tornó de nuevo a la izquierda.

Al meterse por la calle Veintitrés, aprovechó un hueco entre dos camiones aparcados y se metió en medio.

Salió rápidamente del auto y apostado a la pared de uno de los vehículos esperó el automóvil seguidor, que no tardó en asomar por la misma esquina.

El negro vehículo pasó frente a ellos como una exhalación, para detenerse a tres manzanas abajo.

Mark parecía olvidarse de que en la *lista mental* de George, él era el tercer candidato a la muerte, y sonrió.

—Les has despistado.

—Ahora volverán. Será interesante saber quiénes son y qué pretenden.

—Van dos en el coche —advirtió Mark, mientras George permanecía silencioso. El auto dio la vuelta después de maniobrar metiéndose en un callejón.

Regresó descendiendo a velocidad moderada.

Los dos ocupantes del vehículo miraron en ambas direcciones. El tráfico en aquel sector de la calle Veintitrés, era nulo.

El vehículo descendió en dirección a East River.

A la altura de un callejón próximo a dónde se hallaba emparedado el coche de los tres amigos, uno de los ocupantes del coche salió para echar un vistazo.

Arthur había avanzado hasta el portalón de un viejo almacén y esperó.

El hombre que les estaba buscando tenía los brazos en jarras y masticaba un chicle con aire impaciente.

—No pueden estar lejos —dijo levantando la voz para que lo oyera el conductor del automóvil.

Arthur salió de sopetón. Le alcanzó por detrás y con una llave limpia y neta le dominó.

—Y ahora, amigo, vas a empezar a hablar hasta que yo te ordene que cierres el pico.

—¡Eh! —gritó el agredido.

Del coche salía su compañero.

Parecían ambos hombres corrientes. Sus respectivos rostros indicaban ser tipos con un cierto aire violento. Al menos éste fue el pensamiento del vaquero que, como si estuviera ávido de ejercicio, cortó el paso al del coche.

—¡Quieto, amigo!

El otro pareció que hacía intención de sacarse un arma, pero

Mark, con rapidez, le asestó un buen directo que lanzó a su antagonista contra el automóvil.

—¡Se han vuelto locos! ¡Suélteme! —gritó el que tenía sujeto Arthur.

—Primero habla...

—Está bien, está bien... Somos policías.

—¿Eh?

Mark cambió una mirada con el escritor, pero de nuevo se volvió contra el que había sacudido cerrando la guardia.

Parecía hallarse en un ambiente más familiar. Arthur soltó al suyo y murmuró:

—La credencial.

Lentamente el otro metió la mano en el bolsillo, con gesto mesurado, para no infundir dudas al escritor.

Extrajo una carterita, que desplegó con gesto mecánico.

—Agente Durmont. —Señaló a su amigo y añadió—: Armstrong, de Unión City.

—Humm... —murmuró Arthur.

—¿Qué pretendían? ¿Ganar un récord de multas? —masculló el que había sido derribado por Mark.

—Ignorábamos qué deseaban... No nos gusta que nadie esté a nuestro acecho.

—Explíquenselo al teniente. Dijo que les protegíramos... Especialmente al vaquero —gruñó el que había estado en poder del escritor.

—Bien —sonrió Arthur mirando a su compañero—. Parece que quieren contrariar las premoniciones de George.

Mark pareció dudar.

—No... no quiero protección. ¡Maldita sea! Si alguien intenta algo contra mí... —No concluyó la frase, pero su puño derecho golpeó significativamente la palma de su mano zurda.

CAPÍTULO XIII

—Lo mejor es que de ahora en adelante no nos separemos —dijo Arthur sirviéndose un *whisky*, ya de regreso a las *suites*.

Eran las doce del mediodía del domingo.

Se volvió hacia George que estaba sentado, dedicado exclusivamente a sus pensamientos y añadió:

—¿Cuándo calculas que va a desaparecer Mark? George no contestó.

—No lo sabe, Mark... Pero si no vas a llegar a mañana quiere decir que como máximo te quedan doce horas.

—No bromees —gruñó el vaquero.

—No. Estaba pensando en el almuerzo. Parece que estemos a régimen. Desde que llegué de Los Ángeles no he hecho una sola comida a gusto... Por cierto, voy a llamar por teléfono.

Fue hacia el aparato y pidió conferencia de larga distancia. La obtuvo en escasos momentos y habló con Vicky.

—¡Oh! —exclamó ella desde el otro lado del hilo—. Nunca vi un anillo tan precioso.

Se refería al regalo recibido de Arthur momentos antes de que el escritor tomara el avión con destino a Nueva York.

—Celebro que te guste, nena. ¿Sabes una cosa...? Te echo de menos.

—No me lo repitas porque voy a tomar el primer avión —replicó la joven.

—No es el mejor momento, Vicky. Alguien está pretendiendo que consiga la mejor historia de mi vida.

—¿Qué ocurre?

—Te lo contaré cuando regrese. Quizá tarde uno o dos días más... No te inquietes. Si alguien pregunta por mí que tenga paciencia.

—¿De veras no ocurre nada? —insistió ella.

—Tranquila, querida —repitió él—. Hasta la vuelta. Puede que me tome unas vacaciones. Ya hablaremos.

Colgó.

Ni Mark, ni George dieron muestras de haber estado pendientes de aquella conversación aparentemente trivial.

Apenas Arthur hubo colgado unos nudillos llamaron a la puerta de la *suite*.

Era el teniente Lansley de Union City. Por el corredor y detrás del inspector, avanzaba un hombre de pelo rojizo, de poblado bigote y gafas «Truman».

En apariencia era un cliente del hotel, pero apenas cerrada la puerta, el hombre se volvió y miró de modo muy peculiar aquella *suite*, en la que el policía acababa de meterse.

El hombre avanzó hasta introducirse en una habitación del lado contrario, situada unos siete metros más al fondo.

Una vez en su cuarto, el pelirrojo tomó el teléfono y marcó un número del exterior y esperó a que contestaran.

Mientras, en la *suite*, el teniente Lansley después de unas breves e intrascendentes palabras como si la suya fuese una visita de puro cumplido, murmuró en tono interrogador.

—Hay algo que deseaba preguntarles. ¿Quién tuvo la idea de reunirse?

—Eso es lo que hemos intentado averiguar desde el primer momento —contestó Mark.

—¿No saben quién les convocó? —insistió el policía.

—En efecto. Lo ignoramos. A menos que nuestro vidente tenga algo que decir al respecto —dijo Arthur.

—¿Y no les pareció extraño?

Arthur explicó que en principio creyeron que se trataba de una broma de George, pero luego cuando continuó el misterio prefirieron no hacer demasiado caso.

—Martin era el único que parecía más preocupado —añadió el escritor—. Pero a fin de cuentas todos habíamos estado deseando reunimos. Así que ninguno tomó la cosa demasiado en serio.

—¿Pertenece usted a esa entidad que llaman Las otras Sensaciones? —preguntó el policía dirigiéndose a George.

El aludido asintió.

—Un semisótano de Greewich Vilage. He oído hablar de ellos.

George no contestó.

El teniente después de dar unos pasos por la estancia, murmuró:

—Bien... ¿Qué es lo que pretende usted señor Templeton?

—Yo.

—¡Sí, usted!

—No le comprendo.

—¡De sobras sabe lo que quiero decir! —replicó el policía como si de pronto hubiera perdido toda su calma británica.

—No. De veras...

—Suponía que los otros no estaban al corriente del origen de la cita que les había llevado hasta Nueva York.

—¿Qué quiere decir? —inquirió George en tono inocente.

—Que usted fue quien les reunió en el hotel. Por lo menos hizo la reserva a través de cierta agencia.

—No..., no comprendo —balbució George.

—¡Sí! Usted... Fue a una agencia de mensajes, entregó un dinero con el encargo de que un botones encargara a la Intercontinental dos *suítes* en el hotel Garvel.

—¡Yo no fui! —exclamó con vehemencia George, perdiendo su misticismo.

—Sí. Fue usted. He hecho otras averiguaciones. Era interesante saber quién de ustedes había tenido la idea de reunirse... Las mensajerías tienen abierto los fines de semana... Me he informado... La persona que encargó esas habitaciones que ocupan ahora dejó un nombre. El suyo, señor Templeton.

CAPÍTULO XIV

George acompañó al teniente hasta la agencia.

En la habitación 1240 no quedó nadie porque Mark y Arthur decidieron bajar al comedor a tomar un almuerzo.

El vaquero no demostró gran apetito y Arthur se limitó a una comida frugal.

Apenas habían terminado de restaurar sus respectivos estómagos, cuando George regresó.

El teniente había quedado en la puerta del comedor y parecía esperarles. Cuando el escritor y el vaquero se reunieron con el policía, George manifestó:

—Alguien fue con mi nombre... Pero no era yo.

—Esto no ha quedado demasiado claro —repuso el policía—. En la agencia se reciben muchos encargos. Acude mucha gente. No han precisado.

—Pero no han afirmado que fuera yo, teniente. A mí no me han reconocido. Usted lo ha oído.

El policía cambió de tema, frunciendo el entrecejo como si todo aquello le estuviera cansando.

—He hablado con mis colegas de Nueva York... Naturalmente todo lo que ocurra fuera de mi demarcación no es incumbencia mía... No obstante me gustaría saber por qué no quiere usted protección, señor Tablyn.

El vaquero replicó tajante:

—Porque nunca he temido a nadie. Si pretenden asesinarme, primero tendrán que probar mis puños. Me gustan las bromas y lo acepto todo, pero en cuanto alguien se pone tonto, tengo poco aguante.

—Está bien. Sigue en pie lo que les dije antes. No abandonen el distrito sin avisar.

—Espero que esto no dure mucho, teniente. Tengo mis

obligaciones —terció Arthur.

—Ahora se trata de dos asesinatos —repuso Lansley.

—¿Dos? —preguntaron casi a corro Mark y Arthur.

—Sí. Olvidé decírselo. Su amigo Martin Lemond había ingerido veneno. Por tanto hay que pensar que se trata de un crimen.

Nueva York, 7 de la tarde.

El semisótano que ocupaban los llamados amigos de Los otros Sentidos, pertenecía a un edificio al otro lado del arco de Washington Square.

Allí donde se daban cita pintores, artistas más o menos fracasados, escritores sin nombres, y toda suerte de gentes que pretendían ser artistas en algo, sin excluir a los *hippies*, y a todas las gamas de antecedentes y precursores de quienes en el fondo prefieren vivir sin trabajar, sin utilizar el agua y sin comer aunque esto último tenga su origen en los depauperados bolsillos de cada cual.

El edificio destinado desde hacía algún tiempo a la demolición había sido invadido por los sin hogar. Y el sótano, un lugar lúgubre, húmedo, que sus habitantes no habían hecho nada para acondicionar, era una especie de club destinado al culto de lo *Ultrasensorial*.

Un hombre con extrañas vestimentas, de edad indefinida porque sus pobladas barbas y bigotes, incluidas patillas, en peludo amasijo, impedían verle la piel del rostro, procedía a una extraña ceremonia invocando a determinados espíritus.

Los asistentes, todos ellos con túnicas que parecían sacadas del guardarropía de un estudio cinematográfico, murmuraban Unas oraciones ininteligibles.

Después en mitad de la penumbra, un pequeño foco amarillo alumbró a una mujer de ojos grandes y vestidos sucios que hablaba sobre una tarima a modo de púlpio.

De un libro recitaba frases vulgares, mientras alguien desafinaba en un armonium.

—Todas las respuestas están en esta tierra —decía con voz impersonal la mujer—. Los mundos del infinito únicamente están en la imaginación de los seres que nos rodean. No hay más infinito que el que emana de nuestra inteligencia... Debemos desarrollar la

inteligencia como el hermano Santo. El adivinó la caída del III Reich de nuestra era. Predijo la llegada del hombre a la Luna en el año 1969, también de nuestra era... Pero en sus anteriores existencias vaticinó la derrota de Napoleón, la independencia de la que ahora es nuestra patria...

Los ojos de la mujer se posaron en George Templeton que avanzaba hacia la especie de púlpito, mientras los congregados se apartaban cediéndole el paso.

—Y ahí tenemos al hermano George, con sus premoniciones de los últimos días... Fiel discípulo de Sancto... ¿Qué tienes que decirnos, hermano? —inquirió la mujer.

Tras ellos Arthur y Mark, al fondo de aquella húmeda estancia se mostraban escépticos pero atentos. Sobre todo el escritor.

George siguió avanzando.

—El hermano George —siguió la mujer— ha presentido dos «desapariciones». Tal vez en su mente intemporal tenga previstos otros pases al mundo infinito... Lo ultrasensorial..., lo que va más allá de los sentidos conocidos por el hombre está en posesión del hermano George... Dejemos que sea él quien hable.

Y la muchacha dejó sitio a George Templeton.

—¿Qué parodia es ésta? —susurró Mark.

—Se hacen su propio espectáculo —replicó Arthur.

—¿Y qué diablos hemos venido a hacer aquí?

—A ver.

—No me gusta esto.

—No seas supersticioso. Es interesante. George había ocupado el pequeño estrado.

—Habla, hermano George —le pidió el individuo barbudo que ocultaba su rostro en un amasijo de pelo.

George alzó los brazos como un patriarca del antiguo testamento.

Sus ropas de paisano, normales, estaban en discordancia con la de sus extraños correligionarios.

—¡Hermanos! —dijo en tono solemne—. Estoy aturdido. He previsto la muerte de entrañables amigos... Tengo la sensación de ser yo mismo quien la Baya provocado.

Se oyeron algunos comentarios ininteligibles.

—¡Esto es una burla! —espetó el vaquero.

Su voz sobresalió entre el silencio y varios rostros se volvieron con miradas de reproche.

—¡Es una burla! —volvió a exclamar más potentemente el vaquero de Kansas.

—¡Cálmate! —susurró Arthur.

—¿Cómo puedes aguantar esto?

Arthur hizo un ademán con el dedo índice colocándolo a la altura de los labios.

—Disculpad —siguió la voz oradora de George—, lo que posiblemente os suene a burla de los no iniciados. Ellos son mis amigos. No creen lo que yo vaticino, pero sin embargo... todos sabemos que nadie puede variar los signos de lo que ha existido..., de lo que existe..., de lo que existirá.

Hizo una pausa estudiada y añadió:

—Los hombres desaparecerán para volver con otra forma, con otro cuerpo... Los siglos medidos por la inteligencia humana son repetición de lo acaecido. No existe el pasado, ni el futuro. Todo es presente, porque todo está ahí.

Comentarios en voz baja, signos de aprobación.

—Parece que está recitando una lección bien aprendida —murmuró Arthur.

—¡Háblanos de tus premoniciones! —pidió una voz. George levantó la mano derecha.

—Lo siento, amigos. No puedo continuar. Tengo que estar con ellos. No les dejaré hasta el final... Yo no puedo sentir la muerte aparente, la desaparición temporal... Pero confieso que me gustaría impedir los sucesos que se avecinan.

Dejó la especie de púlpito para regresar con sus amigos.

De nuevo le abrieron paso y recibió varias palmadas admirativas.

El que hacía las veces de sumo sacerdote de la extraña reunión ocupó el estrado. Arthur se separó del vaquero murmurando:

—Esperadme fuera. Yo saldré enseguida.

—¿Dónde vas?

—A charlar con la sacerdotisa —sonrió el escritor.

Había visto cómo la muchacha de ojos grandes y aspecto «iluminado» desaparecía tras una puerta situada al fondo, donde tenían lugar los discursos de los participantes.

Avanzó, Arthur, por la parte lateral y mientras los demás estaban atentos a las palabras que el de las barbas les dirigía, él empujó la puerta que se había cerrado tras la muchacha.

Se encontró en una especie de vestíbulo desvencijado, de paredes raídas y viejas inscripciones borradas.

Vio un par de puertas. Empujó una y se encontró en unos retretes. Cerró. Aquello apestaba.

Se fijó en la otra y vio un pasadizo, con otro par de puertas a cada lado y una al fondo.

Se acercó al final y empujó. Estaba cerrada. Corrió el pestillo y vio que se trataba de una salida posterior también en un semisótano, enclavado en un callejón.

Entonces se dedicó a las otras puertas. Eligió una y empujó.

La muchacha ahogó un grito.

Era la que había estado hablando. Acababa de quitarse la túnica y aparecía con una liviana ropa interior, mientras se enfundaba unas medias.

—¿Se quita el uniforme? —sonrió Arthur.

—Salga de aquí... ¿No le han enseñado a llamar a las puertas antes de entrar? Arthur sonrió y comentó irónicamente:

—El pasado no existe, ¿verdad? Todo es presente.

—¿Eh?

—Sí... Sin embargo antes no existían puertas... En la edad de piedra por ejemplo.

—¿Qué quiere usted?

—Soy amigo de George... El vidente que parece de moda.

—¿George Templeton? Arthur asintió.

—Uno de nuestros mejores hermanos —replicó ella.

Arthur miró con descaro las piernas de la secretaria, y consiguió que ella tomara un batín muy actual y se lo enfundara.

—¿Le da rubor que la miren? —sonrió Arthur.

—¿Qué quiere exactamente?

—Que ustedes son una partida de farsantes lo diría ya el simple hecho de que usted no se atreva a salir a la calle vestida tal y como los de allí dentro, aunque personalmente creo que le sienta mucho mejor la ropa... «actual».

—Acabe de una vez. No tengo tiempo de escuchar sus opiniones. Nuestra secta es libre. Puede vestir como quiera.

—Óigame, amiguita... Anoche al parecer George Templeton estuvo aquí...

—George viene siempre que hay reunión.

—Ya... ¿Y a qué hora estuvo?

—¿Por qué no se lo pregunta a él? —murmuró la joven.

—Porque miente, ¿comprende? Todos ustedes mienten...

—Usted no cree en nuestra secta, no se lo reprocho, pero no tiene por qué desconfiar de quienes participan en nuestros ejercicios. No nos metemos con nadie. No hacemos ningún mal.

—Dígame a qué hora estuvo George aquí y cuándo se marchó y la dejaré en paz. Ella pareció pensar.

Antes de que pudiera replicar la puerta se abrió y George apareció en el umbral.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el recién llegado al escritor...

—¡Ahora ya nada, amigo! Pero te advierto que ya empiezo a estar harto de todo. Avanzó hacia la puerta.

—¿Puedes creer de veras que he tenido algo que ver con lo de Martin y lo de Elmer?

—Lo que creo —concluyó tajante Arthur—. Es que acabarás ganándote la mayor paliza que te hayan dado en tu vida.

Y el escritor salió de la pequeña estancia dirigiéndose de nuevo hacia aquella especie de capilla.

CAPÍTULO XV

En el hotel, 11 de la noche del domingo.

El pelirrojo que ocupaba una habitación al otro lado del pasillo, abrió la puerta, se asomó un momento y dejó los zapatos fuera para que se los limpiaran.

Volvió a cerrar y consultó su reloj.

En la habitación 1240, George inquirió:

—¿Por qué no puedo marcharme?

Arthur estaba sentado en una de las butacas leyendo el periódico.

—Hasta las doce y un minuto. Ya lo sabes.

—No tenéis ningún derecho. Ahora ya no sirve de nada el que estemos juntos.

—No estamos celebrando ninguna fiesta, George... Nos limitamos a ser testigos de tus premoniciones... ¿De acuerdo?

Mark lanzó un suspiro. Procuraba alejar de sí el nerviosismo que le invadía, y que a pesar suyo no podía contener.

Una hora. Faltaba una hora.

—Déjale que se vaya —dijo el vaquero.

—No, Mark... Estaremos los tres... A menos que te dé un síncope... mañana podrás presumir de estar vivo.

—No se puede evitar lo que tiene que ocurrir, Arthur —previno George.

—Por eso quiero que permanezcamos los tres juntos como siameses... Así, todos unidos y a esperar...

—Si tanto miedo tenéis podíais haber dicho a la policía que os prestara su protección —adujo el vidente.

—No necesito protección —espetó el de Kansas.

—Ya lo has oído, George... Cazaremos nosotros mismos ese espíritu maligno que ha asumido el papel de ángel exterminador.

George se fue hacia la terraza. Abrió la puerta y contempló las luces de la ciudad. Mark dio unos paseos nerviosos por la estancia.

Entonces sonó el teléfono. Lo tomó el propio Mark.

Después de hablar con la operadora, murmuró:

—Es para ti. —Y entregó el auricular al escritor. Arthur lo tomó extrañado.

Sonrió al reconocer la voz de Vicky al otro lado del hilo.

—Hola, nena... Celebro oír tu voz. Es lo más agradable que puede oírse estando en Nueva York... ¿Qué tal por los Ángeles?

—No estoy en Los Ángeles —replicó ella—. Te llamo desde Ildewild.

—¿Desde dónde?

—Del aeropuerto.

Arthur casi pega un salto.

—Estás en Nueva York.

—Tomé el primer avión después de que me llamaras... A las 2.

—¡Cielos! Pero ¿por qué?

—Por televisión dieron la noticia, Arthur... ¡Es horrible! Dos de tus amigos asesinados.

—Sí... Empezamos a hacernos populares. No creí que en Los Ángeles se supiera tan pronto. Las noticias corren demasiado... Pero no debiste venir.

—Sin ti no tengo ningún trabajo...

—¡Oh! Pero es que aquí...

—Me diste un anillo, ¿recuerdas? Tengo que velar por la promesa que representa...

¡Oh, Arthur, no te enfades conmigo! Interpretalo como si hubiera aceptado tu invitación de venir anteayer.

—Iré a por ti, Vicky. No te muevas aunque tarde un poco.

—Te esperaré —replicó ella.

—Escucha... Será después de las doce. No te impacientes —puntualizó él antes de colgar.

Cuando terminó de hablar, Mark comentó:

—Ve a buscar a tu chica, Arthur.

—No, no... Dentro de cincuenta y cinco minutos exactamente.

—Yo no tengo miedo —sonrió el vaquero.

—Esperaremos —replicó Arthur pacientemente.

—No seas niño. No va a ocurrirme nada... Además, tengo algo...

Lo llevé por... Ni siquiera lo sé, pero...

Desapareció hacia su habitación para salir con un «Colt» del calibre treinta y ocho en la mano. Quitó el seguro y sonrió.

—Si los puños no bastaran...

—Una estupenda idea, Mark. Pero me quedo. El vaquero miró al vidente.

—George se quedará conmigo... No puede ocurrirme nada... Si estamos él y yo... Además, no soltaré el arma.

—¡Ah, no! —protestó George—. Si Arthur se va, yo también. No quiero responsabilidades. Ya he repetido demasiadas veces que no tengo nada que ver.

—No se hable más, amigos. Nos quedaremos los tres.

Y Arthur quiso servirse otro *whisky*, pero la botella estaba ya vacía. Fue hacia el teléfono y pidió comunicación con el bar.

—Por favor, quieren traer una botella de *whisky* a la habitación 1240... Sí... Ahora. Gracias.

Colgó.

11,40 de la noche.

—Veinte minutos —murmuró Arthur.

Había consumido tres buenas dosis del *whisky* que un camarero subió a la habitación poco después de que Arthur lo hubiera pedido.

Mark estaba en la terraza contando aquellos preciosos minutos.

George permanecía sentado y concentrado, como de costumbre, en sus pensamientos.

El silencio casi permitía oír el
tic-tac
de los relojes de pulsera.

La calma era absoluta. En el hotel remaba el silencio propio de la hora.

En la habitación del otro lado del pasillo, el hombre del pelo rojizo consultó también su reloj y una enigmática sonrisa ensanchó sus labios cuando se dirigió hacia la mesilla de noche de la que extrajo una pistola automática.

Las manecillas de la esfera señalaban las 11,45.

Sonó nuevamente el teléfono y el propio Arthur se incorporó de la butaca para descolgar el auricular.

—¿Señor Dennie? —preguntó una voz.

—Sí. Yo soy.

—Habla el sargento Malcom, de parte del teniente Lansley.

—Diga, sargento.

—¿Todo bien?

—¡Claro! ¿Dónde está usted?

—Tenemos el hotel vigilado.

—¡Oh! Esto no está bien. Espantarán la caza.

—Debemos velar por la seguridad de los contribuyentes...

—Sargento... Ese fantasma al que perseguimos prefiere actuar sin testigos. No es ningún ser invisible y naturalmente teme que le descubran.

—No tema, señor Dennie —replicó el sargento en voz queda—. Nosotros también sabemos preparar trampas. El... fantasma no puede sospechar en absoluto nuestro plan.

—Bueno. Espero que no decida aplazar esa ejecución. Habríamos perdido lastimosamente unas horas.

—Señor Dennie... —musitó el sargento.

—Sí. Dígame.

—Es necesario que le dé unas instrucciones para que el plan surta efecto. ¿Puede venir un momento?

—Ahora no, sargento... —replicó Arthur, pero el del otro lado del hilo le atajó:

—¡Sabemos quién es nuestro hombre, Dennie! No nos estropee su caza...

—¿Saben quién es?

—Sí. Pero es necesario probarlo... ¡Vamos, no quiera hacer de detective aficionado y deje el trabajo para los profesionales!

Arthur dudó. Consultó nuevamente su reloj. Eran las 10 y 48 minutos más 30 segundos.

—¿Dónde está usted, sargento? —preguntó Arthur.

—En una cabina telefónica en la esquina norte del hotel.

—¿Lleva usted uniforme?

—No.

—¿Y Lansley?

—Lansley está muy cerca de usted... En el piso superior del

hotel, y hay más policías. Le doy exactamente cinco minutos.

—Hummm... Yo tenía mis propios planes.

—¡Oiga! —espetó el sargento frenético, pero siempre sin subir el tono de su voz—. Cuando se intenta pescar un buen ejemplar es necesario poner un buen cebo.

Arthur cambió una mirada con Mark.

—Comprendo... Entonces, ¿quiere que Tablyn se quede solo?

—Eso es.

—¿Y qué hacemos de George Templeton?

—Déjale ir. Mark debe estar solo.

—Voy a consultárselo. —Y sin esperar que el sargento mostrara una vez más su impaciencia, apartó el aparato de la oreja para volverse hacia el de Kansas.

—Quieren hacerte servir de cebo.

—¿La policía?

—Lansley.

—De acuerdo.

Arthur consultó el reloj.

—No me gusta... Total faltan sólo... 11 minutos. Un poco más y... El vaquero sonrió y esgrimió el «Colt».

—Sí —aceptó Arthur—. Es un buen argumento. Tomó el teléfono y aseguró:

—De acuerdo, sargento, voy a salir. George se estaba enfundando la chaqueta.

—¿Puedo irme? —inquirió.

—Sí, puedes.

Miró a los dos amigos, pero más largamente a Mark, y sin añadir palabra, abrió la puerta y desapareció tras ella.

Arthur salió casi a continuación y esperó unos instantes en el umbral hasta que el vidente se metió en uno de los ascensores del corredor.

—Ve tranquilo —sonrió Mark.

Arthur todavía pareció dudar, pero al fin caminó hacia el ascensor. El de Kansas cerró la puerta y corrió el pestillo.

CAPÍTULO XVI

Las doce menos siete minutos marcaba el reloj del vestíbulo del hotel, cuando Arthur cruzó por delante en dirección a la calle.

—¿Quiere su coche, señor? —preguntó el portero nocturno.

—No. No. Voy a salir sólo un momento.

En la acera miró hacia la esquina norte. Allí había en efecto, una cabina telefónica.

Corrió apresuradamente hacia ella, pero en su interior no había nadie.

Miró hacia la otra calle en espera de encontrar un coche de la policía y en él a varios agentes, pero los tres o cuatro coches aparcados estaban vacíos.

Cruzó deprisa la calle hacia el otro lado. Nada.

Tampoco existía el menor rastro de policía en la propia calle 33, ni en los lugares próximos a la encrucijada.

Arthur consultó el reloj. Doce menos cuatro minutos.

Apretó los dientes comprendiendo...

—Ahora veo claro... Ha sido una trampa.

Lo más fácil, lo más ingenuo. ¡Y no había caído en ello! Le hicieron salir a propósito de la *suite*.

—¡Qué estúpido he sido! —masculló mientras a grandes zancadas se dirigía hacia el hotel.

Casi en el momento de llegar bajo la marquesina, un taxi se detuvo. De no haber sido por la voz femenina, Arthur ni siquiera hubiera reparado en la presencia de la muchacha.

—¡Arthur! —gritó ella.

El escritor frenó su carrera.

Vicky estaba apeándose del automóvil.

—Pero...

—¡Oh, Arthur...! Pensé que si tenía que esperarme... —murmuró ella como si se disculpara.

Durante un segundo escaso el escritor pareció quedarse indeciso. El chófer estaba esperando cobrar el importe de su carrera.

Lo pagó Arthur al tiempo que decía al portero:

—Cuide del equipaje de la señorita... Vicky, espérame en el vestíbulo.

—¿Pero qué pasa?

—Algo grave, Vicky.

Entraron. En las mismas narices del portero, Arthur como si recordara que todo saludo tiene un ritual, besó a Vicky en la boca. Fue un beso rápido como si el tren escapara y temiera no alcanzarlo.

—No te muevas... Esta vez no te muevas —pidió él mientras corría hacia el ascensor.

Un espejo situado en la pared le devolvió la imagen de alguien que acababa de entrar desde la calle.

Arthur se volvió en redondo.

Era George.

—¡Espera! —gritó el vidente.

El reloj marcaba las doce menos un minuto.

—¿Por qué diablos has vuelto? —inquirió. George alcanzó el ascensor y subió con Arthur.

—Olvidé algo —dijo simplemente mientras subían. Arthur sujetó por las solapas de la chaqueta a su amigo.

—Procura que encontremos a Mark sano y salvo, George... Procúralo.

—Yo no tengo nada que ver...

—Esa llamada era una trampa.

—Si a Mark le ha sucedido algo, yo no estaba en la habitación. No puedes acusarme.

—Tienes un cómplice... Lansley ya apuntó esa posibilidad... ¡Y maldita sea te sacaré la verdad aunque tenga que despellejarte!

Apretaba con fuerza a George, pero éste seguía impertérrito.

Salieron del ascensor y Arthur empujó a George hacia delante, corriendo en dirección a la puerta de la *suite*.

—¡Mark! ¡Mark! Todo parecía igual.

Incluso había luz en casi todas las habitaciones, pero el vaquero no estaba en ninguna de ellas.

Arthur volvió hacia la puerta.

—Cuando salí corrió el pestillo. Lo oí desde fuera —dijo.

—Se habrá ido —murmuró George recogiendo de una butaca un libro que realmente parecía haberse olvidado.

Arthur le miró fijamente. George consultó el reloj.

—Ya son las doce. Empieza un nuevo día.

—¿Dónde está Mark? —espetó el escritor lentamente, avanzando hacia el vidente. George guardó silencio. No parecía que temiese en absoluto las iras de Arthur.

—Primero Martin —dijo despacio el escritor—. Se fue solo y apareció muerto en una estación... Luego Elmer... prefirió quedarse solo en su casa, pero también abrió la puerta a alguien que lo llevó en un coche para seguramente dejarle inconsciente y luego arrojarlo a la vía del tren y ahora Mark... ¿Dónde aparecerá Mark?

Nuevo silencio de George.

En el interior del armario empotrado cercano a la puerta, una mano empuñaba el pomo de la puerta que giraba lentamente. La otra mano del individuo sostenía un revólver. ¡El «Colt» del vaquero!

CAPÍTULO XVII

Arthur había perdido los estribos. Apretó la mano derecha y cargó toda su fuerza en el puño que catapultó en busca de la mandíbula de George.

El vidente recibió el impacto y cayó de espalda contra una butaca dando una voltereta completa para terminar sobre la mullida alfombra.

Allí estaba otra vez el escritor.

Le levantó empujándole hasta una pared.

—¡Habla de una vez!

—Sí, Arthur... Hablaré, para decirte que tú vas a ser el próximo...

El escritor descargó la zurda de nuevo contra el mentón de George que resbaló deslizándose por la pared hasta caer grotescamente sentado en el suelo.

Fue entonces cuando la puerta del ropero se abrió por completo. Una voz previno a Arthur:

—¡Quieto! Las premoniciones de George han de ser respetadas... Está escrito que el famoso Arthur Dennie no verá la luz del próximo día.

Arthur se volvió en redondo.

Ante sí vio el revólver y al hombre que lo empuñaba. Era, en efecto, un desconocido. Sin embargo...

El escritor entornó los ojos y le miró fijamente. Era un tipo con poblados bigotes pelirrojos, cabello del mismo color. Usaba lentes sin montura que alguien bautizó con el nombre de Truman, recordando la clase de anteojos que usaba el expresidente de la Unión.

El que encañonaba a Arthur vestía con rigurosa elegancia. Zapatos brillantes, un traje marrón claro, chaleco, corbata del mismo color y camisa blanca impecable.

Empuñaba el «Colt» con firmeza.

—¿Es ése tu cómplice, George? —inquirió Arthur.

El vidente se levantó despacio restregándose la dolorida barbilla.

—¿No sientes curiosidad por saber quién soy? —preguntó el hombre del revólver.

—De momento me conformo con saber cómo entró aquí. ¿Y qué hizo de Mark?

—Mark está en el ropero... Tú le harás compañía muy pronto.

—No le veo la gracia a este juego —murmuró Arthur.

Entonces el hombre del pelo rojo se quitó las gafas que guardó cuidadosamente en el bolsillo superior de su chaqueta.

Alzó a continuación su mano izquierda hasta uno de los extremos de su bigote y tiró rápidamente de él.

El mástic que lo oprimía contra la piel se despegó, descubriendo que se trataba de un aditamento postizo.

El rostro del asesino comenzó a ser más familiar a Arthur.

El pelirrojo quitóse entonces la cabellera que no era más que una peluca postiza, tras la cual apareció un pelo castaño oscuro, mucho más familiar a Arthur, que ya no necesitaba de más demostraciones para saber quién era la persona que había tramado todo aquello.

—¿Quieres cuidar del revólver, George? —pidió el hombre.

El vidente se hizo cargo del arma y siguió apuntando a Arthur, mientras el que hasta entonces le había encañonado, se despojó de los últimos detalles de su disfraz.

Eran un par de lentillas que daban a las niñas de sus ojos un tono azul, cuando en realidad el color auténtico era pardo oscuro.

—El revólver, George —pidió el asesino.

Arthur miró largamente al hombre que tomaba a encañonarle. Debía mostrarse extrañado pero no lo demostró.

Quien le estaba apuntando era un hombre «oficialmente muerto». Era... Elmer Grant.

En el vestíbulo la nerviosa Vicky se impacientaba. La actitud con que la había recibido Arthur que normalmente se mostraba mucho más reposado le había inquietado. Comprendía que estaba ocurriendo algo y decidió no permanecer más tiempo inmóvil.

Se dirigió hacia el mostrador del conserje nocturno y preguntó:

—¿Cuál es la habitación del señor Dennie. Arthur Dennie?

—Vuélvete, Arthur —ordenó suavemente Elmer.

Ya no era el hombre de aspecto tímido. Parecía tener una desusada serenidad. George parecía un observador imparcial de la escena.

—Espera, Elmer... ¿Qué pretendes demostrar con todo esto? ¿Para qué todo este teatro? ¿Qué ganas?

—¿Qué gano? —sonrió Elmer.

—Sí... No habrás hecho esto por nada.

—No. Nunca se hace nada por nada.

—¿Cuál es el producto?

—Una satisfacción personal. Demostrar qué yo, el que aparentemente era el más infeliz, el menos afortunado tengo una inteligencia muy superior a la vuestra.

—¿Y sólo por esto...? —empezó Arthur, pero el asesino le atajó.

—Todos merecíais morir... ¡Todos! Martin porque pudo darme un puesto de confianza, pero menospreció mis servicios... ¡Oh, sí! Ante todo la amistad, pero a la hora de demostrarlo me dio esquinazo... Luego el vaquero... ¿Nunca supiste que yo conocí a Carol antes que él?, ¿verdad? Sí... Me hubiese casado con ella. Era rica y a mí me gusta tanto el dinero como puede gustar a cualquier otro... El me la quitó... Yo fingí no darle importancia, pero juré que me vengaría... Y luego tú, con aquel guión... Entre muchas buenas palabras de aliento me dijiste también que los productores habían dicho que me faltaba imaginación...

—Yo no dije exactamente...

—Lo diste a entender... No soy un estúpido...

—Pudiste probar otra vez... Nunca se triunfa a la primera.

—Está muy bien decir esto cuando se ha llegado. Pero a vosotros no os costó nada. En cambio yo... pudriéndome tras una mesa de una compañía de seguros. Siendo uno de tantos. Sin más porvenir que unos dólares fijos al cabo del mes para unos gastos limitados...

—E imitando alternativamente las voces de unos y otros añadió—: «¿No tienes coche, Elmer?». «Uno de segunda mano no es caro». «¡Pobre Elmer!... No. No volveré a ser pobre... Ni tendré que conformarme con coches de segunda mano.

—Estás loco...

—¡No digas esto! ¡Y vuélvete!

—Te cogerán. Ahora no podrás fingir que mi muerte sea natural.

—¿Y qué más me da? Nunca sabrán de mí. Oficialmente estoy muerto. Los periódicos han publicado la noticia.

—¿Y... el hombre al que arrolló el tren? —quiso saber Arthur.

—Un compañero de trabajo... Pasa los fines de se mana fuera... Tenía mi misma estatura, y la misma edad, y mis mismos gustos —dijo acentuando las últimas palabras.

—¿Gustos?

—Alma Ralston.

—¿La exesposa de...?

—De Martin, sí... ¿Sabías que existe una póliza de vida de la que ella es beneficiaría?

—Y está inscrita en tu compañía.

—Sí. Martin no cambió el nombre no sé si por olvido o porque pensaba volver con ella... Fue al final, hasta hace muy poco. Me llamó para que llegado el momento de ajustar cuentas... a todos.

Vick subía ya en el ascensor con aire de impaciencia. Los minutos se le antojaban eternos y su intuición femenina le hacía presagiar un peligro, sin sospechar que subsidiariamente ella misma se vería envuelta en él.

CAPÍTULO XVIII

Arthur se había vuelto de espaldas cuando frenético Elmer, amartilló el revólver. El asesino se acercó levantando el arma a la altura de la cabeza del escritor.

—Tú también tienes una póliza de seguros, Arthur, y Mark tenía otra...

—Eso no es cierto —replicó el escritor.

—¡Oh, no, claro! Ni tú ni Mark la firmasteis. Fui yo... Te sorprendería saber lo bien que me salieron vuestras firmas.

—¿Y la revisión médica, quién la pasó por nosotros?

—Falsifiqué las cartulinas de los informes médicos... Ya te dije que estaba en la sección del control de pólizas... Yo soy el encargado de registrarlas y por lo tanto el único que podía darme cuenta de cualquier anomalía. El jefe se limita a firmar rutinariamente. Tiene que ser algo que llame demasiado su atención para que se fije de un modo especial.

—¿Y cómo piensas cobrar estando muerto?

—¿Quieres que te lo explique todo? Bien... No importa, así verás que mi ingenio es bastante superior al que entre todos me atribuíais.

Parecía muy ufano de poder contar a alguien sus triquiñuelas, su bien madurado plan que juzgaba perfecto.

—Va a nombre de dos personas. ¿Y qué hace falta para justificar una personalidad?

¿Documentos? Pues bien... Desde hace algún tiempo poseo esos documentos. En un caso seré el señor Peter Apelgatte, de Los Ángeles, y en el otro mi nombre será William Morris. Cobraré el seguro a través de dos Bancos distintos... Y me permitiré pasear por Nueva York con ese pequeño disfraz que incluso te ha confundido a ti... No es tan difícil, sobre todo cuando se tiene inteligencia... Ya ves que mi triunfo es completo.

—¿Y qué pinta George en todo esto? ¿Has trabajado por nada vidente? —espetó irónicamente Arthur.

—El tiene lo que quería. Popularidad entre los de su secta. Adivinar dos muertes no es cosa de todos los días..., ¿verdad, George?

El otro quedó silencioso.

—Además, participará en un tanto por ciento... para los fondos de los amigos de Los otros Sentidos... El me dio la idea con esa afición suya hacia lo ultrasensorial.

—¿Y te prestaste a ello, George? ¿Te prestaste a ser cómplice de tres asesinatos? George continuó silencioso.

—Comprendo... Es lo que pensé al principio... ¡Claro que adivinó ciertas palabras cuando hizo su entrada triunfal! Tú las pronunciaste de acuerdo con él... Y también —debe ser falso que adivinara lo del accidente.

—¡No! —protestó George—. Eso es verdad.

—¿Lo ves? No todo es fingimiento —sonrió Elmer suavemente.

—Lo adiviné —murmuró George como si estuviera en trance—. Pero no me creyeron...

Necesitaban algo más tangible, con pruebas.

—Y por esto te prestaste a ese juego vil —masculó Arthur con amargura—. Nunca conoce uno bien a quien llama sus amigos. No eres más que un falsario... No es que crea en tu absurda secta, pero puede que exista alguien de buena fe... Algún incauto que desea creer en algo nuevo... Y, ¡cómo le engañáis!

—Sé que tengo el poder para presentir las cosas...

—Sí. Cuando te pones de acuerdo con un asesino.

—No importa lo de ahora... Yo adiviné el accidente de Elmer, y no me creyeron —repitió con machacona insistencia—. Aunque ahora lo ocurrido no haya sido por mis propios méritos, ellos me admiten... ¡Me admiten! Y lo ultrasensorial existe, ¿comprendes? ¡Existe! Yo sé que conseguiré ver más cosas...

—¡Estáis locos! ¡Los dos! —exclamó Arthur.

Sonaron unos golpes en la puerta y la voz apagada de Vicky gritando:

—¡Arthur! ¡Arthur! El escritor se volvió.

—¡Quieto! —ordenó Elmer.

Quiso abalanzarse hacia él, pero el asesino con el arma en la

mano le golpeó la cabeza con el cañón.

Arthur cayó fulminado.

En la puerta seguían resonando los golpes que Vicky daba con los nudillos.

—¡Vamos, ve a abrir! —ordenó Elmer a George.

—Pero...

—Ve a abrir. Ella se lo ha buscado.

George obedeció. Abrió la puerta y Vicky cruzó el umbral. Su mirada se detuvo en el cuerpo de Arthur tumbado en el suelo.

No tuvo tiempo de ver nada más. Ni siquiera oyó el golpe que Elmer descargó contra su nuca.

Cayó al suelo sin conocimiento.

CAPÍTULO XIX

—Bien. Esto está prácticamente resuelto —murmuró Elmer después de colocarse de nuevo los postizos, las lentillas de contacto que cambiaban el color de sus ojos y las gafas sin montura.

Se acercó al ropero y tiró del cuerpo del vaquero.

—Ayúdame —pidió a George.

—¿Está muerto? —preguntó George.

—Todavía no. Le golpeé y luego le puse una inyección para dormite.

—¿Te abrió la puerta?

—Es evidente.

—No sospeché. Dije que era policía, igual que cuando llamé a Arthur... No son tan listos como creen —dijo orgulloso.

—¿Y ahora?

—Todo seguirá igual. Les echaremos desde la terraza hasta la calle. Luego volveré a mi habitación.

—¿Y ella...? —George señaló a la muchacha.

—Déjala. No me ha visto.

—¡Pero me ha visto a mí!

—¿Y qué importa?

—¡Oh, no! Yo tengo que salir primero... Y ella debe morir también. Tú estás a salvo, pero yo no.

—No lo necesitas, George...

—¿Por qué...? —empezó el falso vidente y demasiado tarde comprendió el juego de su cómplice.

Elmer le estaba encañonando con el «Colt» del vaquero.

—Eres mi único testigo... Y esa chica me hará un gran favor cuando se despierte y te encuentre muerto...

Podrá identificarte. Dirá que eres el hombre que le abrió la puerta. Que vio a Arthur en el suelo.

—Maldito seas, Elmer... Maldito seas —espetó el otro.

—Todo me sale bien, George Todo. Ellos tres muertos y luego tú... Una lucha con el vaquero. ¿No ves que éste es su revólver? Y todo resuelto.

—Pero ella dirá que yo no la golpeé... Comprenderán que había otra persona en la habitación y buscarán.

El asesino pareció reflexionar Luego sonrió.

—Está bien. Tienes razón, pero esto no te libra de ti, George.

Desesperadamente George se abalanzó contra Elmer con intención de arrebatarle el arma. Elmer pudo disparar, pero comprendió que el estampido llamaría la atención y no le daría tiempo de echar los dos cuerpos por el balcón.

Trató de apartar de sí a George, pero el falso vidente era mucho más corpulento y repelió el empujón de Elmer al tiempo que cogía su brazo y se lo retorció.

Elmer ahogó un grito y soltó el arma, pero rápidamente buscó en su bolsillo la propia. Era una automática que llevaba incorporado un silenciador.

En el suelo, Arthur, comenzó a removerse. Al abrir los ojos todo le pareció confuso, extraño.

La lucha entre los dos hombres seguía.

Los ojos de Arthur descubrieron el cuerpo de Vicky.

Luego vio a los dos hombres enzarzados en la puerta de la terraza.

Reaccionó rápidamente. No sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, pero era evidente que los dos cómplices estaban luchando.

Se lanzó en tromba contra los dos, también en pos del arma por cuya posesión peleaban el vidente y George.

Entonces la puerta se abrió bruscamente.

Apareció Lansley acompañado de otro hombre vestido de paisano.

—¡Quietos! —ordenó el acompañante del teniente del distrito de Union City. Momentáneamente los tres contendientes se volvieron.

Los policías iban a sacar sus respectivas armas. Arthur previno lo que iba a ocurrir y se apartó cuando Elmer ofuscado por la situación volvía la pistola contra los agentes.

George saltó hacia atrás y trató de saltar hacia la otra terraza. También Elmer, por su parte, retrocedió.

El acompañante de Lansley saltó hacia un lado para evitar el balazo que apenas se oyó gracias al silenciador.

Disparó a su vez y Elmer dio un salto atrás, alcanzado en una pierna.

Cogido a la barandilla de la terraza quiso seguir a George que estaba cruzando.

—¡Ayúdame! —pidió.

La ayuda de George fue una patada, pero Elmer se cogió de su pie. El vidente perdió el equilibrio y sus manos se agitaron en el vacío.

El impulso de la caída hizo seguir a Elmer que trató de sujetarle asiéndole la pierna.

La forma en que ocurrió todo, fue estúpida, casi inexplicable, pero el peso del cuerpo de George al bascular hacia adelante arrastró a Elmer Grant.

Durante un segundo pareció que ambos estuvieran efectuando un extraño y grotesco equilibrio circense. Luego el vacío se los tragó.

Sus cuerpos rebotaron sobre la acera junto a un farol. Inmediatamente un charco de sangre corrió por las baldosas, mientras el portero del hotel miraba con ojos incrédulos aquel macabro espectáculo.

CAPÍTULO XX

El inspector Stanley de la brigada de homicidios había sido puesto al corriente por el teniente Lansley de Union City, y poco después en el puesto de policía comentaba:

—A instancias de mi colega había puesto a un hombre de vigilancia en el vestíbulo del hotel, puesto que según Lansley el asesino debía venir de fuera.

El propio Lansley aclaró.

—En los dos anteriores casos ustedes tres tenían buena coartada, puesto que además de hallarse juntos, podían justificar perfectamente que a la hora de cometerse los crímenes estaban lejos del lugar, por lo tanto todo olía a un segundo hombre, cómplice naturalmente de Templeton.

—Pero en el vestíbulo no había nadie cuando bajé engañado por Elmer Grant.

—Porque su amigo también consiguió engañar a mi agente, llamándole por teléfono y diciéndole que el caso ya estaba resuelto. Fue al volver al puesto que comprendí el ardid... Bueno, en honor a la verdad, y en descargo del hombre puesto por mí, puedo decir que Elmer Grant lo había previsto todo. Con su disfraz, se paseaba tranquilamente regocijándose sin duda, de que nadie le reconociera... Posiblemente por su trabajo en la compañía de seguros, por las investigaciones que a veces se llevaba a cabo, conocía las normas que se emplean más o menos... La forma de hablar de los agentes, en fin, mil detalles... Así que tomó el teléfono. Dio el nombre del sargento de guardia, de lo cual no es difícil enterarse, y ya sabe usted que las voces por teléfono a veces, no suenan demasiado bien. En resumen, digamos que Elmer Grant, buen conocedor del barrio, de nuestra brigada y todos los detalles que creyó oportunos, lo había previsto todo o casi todo, empezando por elegir el hotel... —El inspector hizo una pausa para añadir—:

Lo curioso del caso es que tanto él como su cómplice han pagado por unos crímenes cometidos sólo con la imaginación.

Arthur arrugó el entrecejo.

—Sí, señor Dennie —completó el teniente Lansley—. Su proyectado primer asesinato en la persona de Martin Lemond, no llegó a cometerlo. Me explicaré.

Lansley carraspeó para proseguir:

—El señor Lemond murió envenenado, y eso sí podía haberlo hecho con anterioridad cualquiera de ustedes. Pero desde el desayuno no había tomado nada, no fumaba, no bebía, ni había ingerido alimento. Entonces quedaba solo la bolsa de caramelos, y efectivamente todos ellos, contenían cierta sustancia tóxica, introducida por medio de una jeringuilla. La sustitución de los que solía tomar Lemond por los envenenados podía haberla efectuado cualquiera de ustedes, pero ahí está lo bueno. Los técnicos dictaminaron que incluso ingiriendo tres no había sustancia suficiente para causar la muerte de una forma repentina como dictaminó la autopsia.

Interesado, Arthur, dejó que el teniente concluyera aquella parte de los hechos.

—El veneno le había sido inyectado de otra forma más contundente y a la vez más difícil de descubrir, por la clase empleada y el sistema que ataca directamente al corazón, produciendo en una autopsia simple el efecto que la muerte se haya producido por un ataque.

—Entonces... —balbució Arthur intrigado.

—Al señor Lemond alguien le clavó una diminuta jeringuilla, posiblemente mientras estaba sentado en el banco de la estación, esperando el tren.

—Pero ¿quién?

—Alguien que venía siguiéndole desde Boston. Un enemigo... Bueno, seguramente descubriremos que el señor Lemond tenía bastantes enemigos y no resultaba persona demasiado grata entre sus colegas de negocios, pero éste ya es otro asunto. El asesino ya ha sido detenido gracias a la información que obtuve del criado del propio señor Lemond.

—Pero existe el asesinato del empleado de la compañía de seguros, al que Elmer pretendía que tomaran por él.

—Tampoco fue su amigo el asesino —explicó Lansley.

Llamó el teléfono y el titular del departamento lo tomó, mientras Lansley seguía narrando:

—A pesar de que su cuerpo había quedado destrozado, como usted mismo pudo ver, dadas las circunstancias, se investigó a fondo y los médicos dedujeron que antes había recibido un fuerte golpe que indudablemente fue mortal de necesidad.

—¿Y quién se lo había propinado?

—Alma Ralston.

—No sé por qué nunca acabé de fiarme de ella. ¿Cómo lo descubrieron?

—Por el vecino de Elmer Grant.

—¿Aquel viejo de aspecto cansado?

—El mismo.

—No era muy hablador.

—Bueno... Tuvimos que tener paciencia, pero en realidad resultó ser una buena fuente. Tropezamos con una de esas personas que cuando se arranca no para. Se pasaba el día tras los cristales y acabó explicando todo con pelos y señales. Alma había ido a buscar a Elmer, y traía consigo a la víctima... en la maleta del coche, cuya matrícula nos facilitó también la mujer.

—Asombroso final... ¿Pero cómo pudo Alma...?

—Muy sencillo. Acabó confesándolo... Así supimos que desde hacía algún tiempo se citaba con ese joven en un *bungalow* que posee en Long Island... Le había pedido que guardara el secreto, fingiendo que si Elmer lo sabía podría ocasionarle un disgusto. El chico como solo deseaba pasarlo bien, no había dicho nada a nadie, y el sábado mientras los dos permanecían en la casa, ella le asestó el golpe para dejarle inconsciente, pero se excedió.

—Entonces... Estaban de acuerdo. Quiero decir ella y Elmer, Lansley asintió.

—Pero ¿por qué el sábado por la tarde?

—Porque Elmer había previsto su propia desaparición para antes, pero por lo visto ustedes no le dejaban y tuvo que retrasarlo.

—Por eso la encontré tan nerviosa cuando la llamé por la noche.

—Claro. Había regresado a instancias de Elmer Grant y llevaba un cadáver en su propio coche.

—Por una vez —sonrió Arthur con cierta amargura— dos

hombres han pagado no por sus crímenes, sino por su intención de matar.

—Es verdad. Y aunque las leyes no castiguen la intención y de acto en sí, en el cerebro de Elmer Grant existía esa intención y de salirle bien todo habría llevado sus propósitos hasta la última consecuencia.

—¡George, prestarse a esto por una estúpida manía!

—Aunque nunca lo sepamos con certeza, puede decirse que había perdido la razón. El titular del departamento concluyó la conversación informando:

—Han llamado del hotel. Su amigo de Kansas ya se ha recuperado.

—¿Y Vicky?

—También, también... Vaya de prisa. Esa muchacha parece ser un torbellino. Si no aparece pronto vendrá a buscarle.

Arthur sonrió.

—La culpa es mía. Le regalé un anillo y... ya ven lo que ocurre.

EPÍLOGO

Lunes, 9 de la mañana.

El vuelo directo a Topeka fue anunciado por los altavoces. Mark Tablyn sonrió y lanzó un suspiro de alivio.

—No veía la hora de partir —dijo—. Tienes que venir algún día, Arthur. En casa nadie tiene presentimientos. A Carol le encantará.

—Tal vez lo haga, Mark.

—¿Vosotros no os vais?

—Bueno... Debo un fin de semana a Vicky. Ella no conoce Nueva York.

—Después de todo es una ciudad bonita —replicó Mark, avanzando hacia la cola de pasajeros que se dirigían a la puerta de la pista anunciada para el vuelo a la capital de Kansas.

Cuando más tarde el avión despegaba y la pareja mirando hacia el aire daba su adiós al vaquero, Vicky murmuró:

—Sé que he obrado muy impulsivamente, Arthur... No quisiera que pensaras que soy una de esas chicas que me gusta ir detrás de los hombres. Pero cuando oí aquellas noticias por la televisión no sé qué pasó por mí... Tú habías insistido en que fuera contigo y pensé que si te ocurría algo sería por no estar a tu lado.

—Bueno, bueno..., no tienes por qué excusarte...

—Lo comprendes, ¿verdad? Tenía un presentimiento.

—¡Oh, no! Tú no...

—¿Qué?

—No vuelvas a hablarme de presentimientos. Se alejaban camino de un taxi.

—¡Es verdad! A propósito... ¿Podrías escribir un buen guión de esto?

—¡Ni hablar! Lo que quiero es olvidarlo... Uno cree en sus amigos y luego al cabo del tiempo, se encuentra con que han

cambiado y ya no son los mismos.

—Tú no cambiarás.

Se detuvieron delante de un taxi. El se puso serio y miró largamente a Vicky.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella.

—Estoy pensando...

—¿Qué?

—Que podría tomarme esas vacaciones que me debo a mí mismo.

—¡Una excelente idea! Subieron al taxi.

—¿Dónde, señor? —preguntó el chófer.

—A cualquier sitio que expendan licencias para casarse.

El conductor puso en marcha el vehículo con una sonrisa en los labios.

En el interior un hombre y una mujer permanecían ajenos a todo, porque el beso mutuo les ocupaba su tiempo.

El chófer comenzó a silbar muy bajito una antigua melodía de amor.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Midtown. Parte media de la ciudad (Manhattan) que se extiende aproximadamente desde la calle Treinta y cuatro a la Cincuenta y nueve. < <